

El papel de las representaciones sociales de la pobreza en la evaluación de intervenciones sociales gubernamentales: el caso de cuatro familias en Ciudad Bolívar (Bogotá)

Jorge Helberth Sánchez Tirado*

Resumen

El presente artículo muestra el papel de las representaciones sociales de la pobreza que están inscritas en la evaluación de las intervenciones sociales gubernamentales con familias de la localidad de Ciudad Bolívar en Bogotá. Además, identifica el contexto social y político que modela las formas de interacción de las instituciones con las familias en situación de pobreza.

Palabras claves: representaciones sociales, intervenciones sociales, pobreza, políticas públicas.

Abstract

This article shows the role of the social representations of poverty that are registered in the evaluation of government social interventions with families in the city of Ciudad Bolívar in Bogotá. The article identifies the social and political context that models the ways in which institutions interact with families in poverty.

Keywords: Social representations, Social interventions, Poverty, Public policies.

* Magíster en Investigación Social Interdisciplinaria de la Universidad Distrital Francisco José de Caldas y psicólogo de la Universidad Nacional de Colombia. Publicaciones recientes: Sánchez, J. (2012). *Hip hop. Un discurso urbano para la paz en Engativá*. Fondo de Desarrollo Local de Engativá.

Introducción

Las intervenciones sociales han sido motivo de reflexiones críticas y sistemáticas por parte de las ciencias sociales acerca de sus diferentes elementos constitutivos, por ejemplo, las ideologías y los criterios de donde parten, los objetivos que pretenden, el tipo de problemática intervenida, los diversos actores involucrados (los planificadores, los ejecutores o agentes de la intervención, los sujetos intervenidos y la sociedad de la que hacen parte), los principios éticos implicados, las modalidades y técnicas de intervención social, la evaluación y los tipos de indicadores, entre otros (Ruiz Ballesteros, 2005).

Como estrategia para dar mayor legitimidad a las intervenciones sociales respecto a la pobreza, estas se han valido de conceptos sobre la pobreza producidos en diversos momentos de la historia y en diferentes contextos, especialmente haciendo uso de aquellos que se han elaborado en el seno de las ciencias sociales y, sobre todo, de la economía como disciplina académica. Cualquier mirada al tema de la intervención social sobre la pobreza por parte de entidades gubernamentales lleva a revisar una serie de categorías y conceptos que suelen postularse para legitimar, justificar o avalar los procesos de intervención en el marco de políticas públicas y bajo la acción del Gobierno de turno.

Los conceptos y discursos académicos acerca de la pobreza han sido apropiados por la intervención social, para luego volverse operativos en su accionar a través de la creación de *indicadores de pobreza*, que son los criterios por los cuales los ejecutores de la intervención clasifican a quién es pobre y descartan a quién no para hacerlo beneficiario o usuario de la intervención. En Bogotá, esta estrategia de identificación de personas pobres que serían beneficiarias o usuarias de intervenciones sociales se conoce con el nombre de *focalización*, e incluye la construcción de los indicadores de pobreza y la selección de las personas o comunidades que serán intervenidas de acuerdo con los criterios que los indicadores establecen. La construcción de los indicadores también obedece a la búsqueda de criterios de comparación

entre la situación previa, durante y posterior a la intervención para medir sus efectos.

Es preciso señalar que dentro de aquellas tendencias académicas para conceptualizar acerca de la pobreza, las intervenciones sociales han asumido de forma preponderante la economicista que define la pobreza como carencia de recursos, como necesidades básicas insatisfechas o como ingresos insuficientes.

El acontecimiento que constituye la intervención social no es el ámbito desde el cual se ha definido siempre lo que es la pobreza ni quiénes, según esa definición, pueden ser clasificados como pobres, y hoy en día tampoco constituye el lugar más autorizado para hacer una y otra cosa. Tampoco ciencias como la economía pueden arrogarse poseedoras del único discurso, o del más legítimo, para informar al mundo sobre la pobreza, interpretarla y proponer respuestas frente a ella. Mucho antes de que hubiera teorizaciones académicas sobre la pobreza, como las que conocemos hoy día, esta ya había sido definida de diferentes maneras en distintas partes del mundo y en varias épocas de la historia humana, donde las diferencias entre unos y otros grupos humanos han sido notables entre los que poseen y los que no poseen o poseen menos, o los que han sufrido o no varios tipos de carencias.

Sin que necesariamente medien intervenciones sociales ni disertaciones académicas sobre la pobreza en un contexto determinado, la gente “común y corriente”, el “ciudadano de a pie”, tiene alguna idea de lo que es la pobreza, aún si no la padece o si ni siquiera percibe esta situación cercana en su contexto. Las mismas personas “comunes y corrientes”, según los criterios que han adoptado en el transcurso de su experiencia vital, de alguna manera pueden distinguir quiénes son pobres de los que no lo son, lo mismo que quiénes son los más pobres entre los pobres, aunque sus definiciones de pobreza y la clasificación sobre personas pobres puedan ser muy distintas. Sin duda alguna podemos decir que esta gente no ha tenido que acudir a las diferentes ciencias sociales que han hablado de la pobreza para saber lo que esta significa, ni ha tenido que esperar que una inter-

vención social les dé el correcto significado de la pobreza ni las características que debe reunir una persona para ser denominada pobre. Simplemente, la gente acude al saber popularizado, al sentido común de la comunidad a la que pertenece, un saber que está constituido en buena parte por representaciones sociales. Y hay que decirlo: más de dos tercios de la humanidad tiene un conocimiento sobre qué es la pobreza no por referencia ajena, sino por estar viviéndola en carne propia, y ha tenido que asumir diferentes formas de resistirla, de sobrevivir, de intentar superarla y de padecerla.

Las intervenciones sociales que tienen como población objetivo a personas en situación de pobreza, usualmente han sido formuladas respecto a los resultados esperados por quienes las financian y gestionan, basándose en teorizaciones y criterios técnicos que no tienen en cuenta —o si lo hacen es de manera muy limitada— las expectativas de la población que se va a intervenir, ni sus necesidades, sus intereses, sus proyectos de vida, ni sus potencialidades y sus capacidades. La situación es más crítica cuando la intervención social no parece promover la autonomía de los sujetos, desconociendo su carácter de ciudadanos con derecho a participar plena y activamente en la determinación de su propio proyecto y estilo de vida, lo cual constituye a la intervención social como otra forma de exclusión e imposición que somete a las personas denominadas como pobres. Si bien esta ha sido la tendencia mayoritaria, también ha de decirse que cada vez con más fuerza han surgido corrientes ideológicas alternativas que han permeado los enfoques de investigación en las ciencias sociales, con lo cual se ha privilegiado la manifestación del sentir y las propias reflexiones de los sujetos para descubrir en ellas las claves del entendimiento de las situaciones por las que pasan, y se ha reivindicado la voz de las personas de las comunidades que las viven, a partir de sus propias formas de acceso al conocimiento y las maneras de comunicar su saber cotidiano.

No es intención del presente texto desestimar los conceptos académicos y las cifras como base para la definición de características e indicadores relevantes y útiles para conocer la situación

de pobreza en Bogotá o en cualquier otra parte del mundo. Tampoco se ha querido restar valor a múltiples e interesantes desarrollos de las ciencias sociales en torno al tema de la pobreza, resultado de los esfuerzos de muchos estudiosos interesados por entender sus orígenes, sus diferentes manifestaciones y consecuencias, y seguramente también por saber cómo resolver una situación que cada vez afecta a más seres humanos. Podría decirse además que, en correspondencia con la teoría de las representaciones sociales, el saber construido dentro de las propias comunidades pobres y en la sociedad en general integra al mismo tiempo conocimientos creados durante la propia experiencia de pobreza y lo compartido en la cotidianidad respecto al tema, al igual que mucho de lo sistematizado y teorizado acerca de la pobreza por diferentes personas en los ámbitos académicos, políticos, culturales y hasta religiosos en diferentes épocas de la humanidad; conceptos que seguramente se han popularizado a través de los medios de comunicación, la escuela y los mismos escenarios de intervención social de los que las personas clasificadas como pobres han participado. Aunque el presente estudio hace alusión a esas formas de conocimiento formalizado como parte importante de la investigación actual, hay que aclarar que no ha sido su objeto central o referencia principal de conocimiento.

Dentro de tantos universos de análisis posibles respecto a la pobreza y a las intervenciones sociales que tienen como objeto a esta situación, para este estudio se escogió aquel que dirige su mirada a las representaciones sociales acerca de la pobreza. El presente artículo expone representaciones sociales sobre la pobreza en una comunidad de la localidad de Ciudad Bolívar (Bogotá), manifestadas en las entrevistas realizadas a padres y madres de cuatro familias de dicha localidad, en el marco de una investigación realizada desde mediados de 2008 hasta mediados de 2010 para optar al grado de magíster en investigación social interdisciplinaria de su autor, la cual contó con la asesoría de Adrián Serna Dimas y con apoyo financiero del Centro de Investigaciones y Desarrollo Científico (CIDC) de la Universidad Distrital Francisco José de Caldas.

En el análisis realizado a estas representaciones, se establecen sus posibles influencias sobre las evaluaciones que estas familias hacen de las intervenciones sociales gubernamentales distritales presentadas en la zona, especialmente la de comedores comunitarios, de la cual las familias indagadas eran usuarias para la época ya señalada. Si para la intervención la pregunta central es qué quiere lograr transformar de los sujetos y las comunidades que interviene y a las que denomina como “pobres” a partir de ciertas definiciones de pobreza que la intervención asume de forma tácita o implícita, en el estudio realizado lo que se quiso saber más bien es qué esperaban los sujetos y las comunidades respecto a las intervenciones sociales, con base en lo que estos sujetos y estas comunidades consideraban que es la pobreza, y sus propias necesidades e intereses para sobrellevar la situación o superarla.

El estudio sobre las representaciones sociales de cuatro familias de Ciudad Bolívar sobre la pobreza y su impacto en la evaluación de intervenciones sociales, en resumidas cuentas, asumió los postulados de la *epistemología del sujeto conocido*, propuesta por la autora Irene Vasilachis de Gialdino (2003), según la cual la construcción del saber acerca del fenómeno de la pobreza debe realizarse de forma cooperativa con los mismos sujetos denominados pobres, considerándolos como iguales en su capacidad de conocer, reconociendo sus diversas formas de ser y de acceder al conocimiento, dando un valor central a sus representaciones sociales con respecto a su identidad en sus componentes esencial y existencial.¹

En este artículo, primero se hace una síntesis de los enfoques desde los cuales se han generado los conceptos más comunes sobre la pobreza en las ciencias económicas y sociales. En seguida, se hace un análisis sobre los principios y las motivaciones de las intervenciones sociales para dar cuenta de la importancia de reflexionar acerca de las definiciones de pobreza de las cuales parten.

Después de ello, se aborda la teoría de las representaciones sociales para comprender la forma como éstas se producen, su estructura y su efecto en las conductas sociales de individuos y comunidades. Por último, se analizan los resultados de la investigación basada en entrevistas a profundidad, considerando los referentes teóricos e investigativos revisados para el marco teórico y el estado del arte del estudio.

La pobreza y sus múltiples definiciones

La pobreza es uno de los problemas sociales más agudos de nuestro tiempo y el más extendido, puesto que afecta a por lo menos dos tercios de la humanidad. Es un fenómeno al que se le asocian diversas causas, manifestaciones y factores incidentes según los contextos socioeconómicos, políticos, culturales, geográficos y ambientales donde se presenta.

Las definiciones de la pobreza tienen una gran carga valorativa, ya que explícita o implícitamente comportan un “deber ser” y un “no deber ser” de la sociedad que es asumido por quienes hablan de la pobreza, por quienes de algún modo se sienten afectados por ella y por quienes asumen algún nivel de compromiso para hacer algo ante la situación. Especialmente, en la economía ortodoxa y en el marco del modelo económico actual, la pobreza ocupa un lugar particular en un discurso respecto al cual teóricos como Zygmunt Bauman expresan críticas relacionadas con los principios de la eficacia y el crecimiento económico:

[...] todo está subordinado a la eficacia; pero ¿eficacia para quién, en vista de qué, con qué objeto? Se logra el crecimiento económico, es cierto; pero ¿crecimiento de qué, para quién, a qué costo, para llegar a dónde? Si estas preguntas no se formulan, desaparecen los obstáculos para elevar nuestra propia racionalización imaginaria, incesante, continua, ilimitada y autocomplaciente (que lleva a remplazar a una persona “por un conjunto de rasgos parciales seleccionados arbitrariamente en función de fines

¹ Para Vasilachis de Gialdino (2003) “la identidad del ser humano posee dos componentes: el esencial y el existencial y, mientras el primero constituye el elemento común que identifica a los hombres/mujeres y los iguala a otros hombres/mujeres, el segundo constituye el aspecto diferencial que distingue a cada hombre/mujer de los otros hombres/mujeres y lo hace único/a frente a todos ellos/as”.

también arbitrarios”) al rango de necesidad objetiva, relegando todas las dudas al dominio exclusivo de “personas que no son serias, como poetas y novelistas”. (Bauman, 2000, p. 146)

Las definiciones sobre la pobreza, como dice Øyen (citado por Spicker *et al.*, 2009), dependen de quien las realiza:

Diferentes actores ven cosas distintas, enfatizan aspectos diferentes y desarrollan diversos paradigmas sobre lo que entienden por pobreza de acuerdo con sus disciplinas, posiciones o intereses. Existen muchos actores vinculados con la pobreza y algunos buscan imponer sus puntos de vista estableciendo sus definiciones como las más legítimas. Así, durante las últimas tres o cuatro décadas, el discurso académico, el político y el entendimiento de lo que es la pobreza ha sido dominado por un limitado número de definiciones. (p. 20)

La investigadora argentina Sonia Álvarez Leguizamón (2007) hace referencia a cómo las diferentes acepciones del término pobreza se han construido según los momentos históricos, los lugares geográficos, las culturas, entre otros factores:

[...] la pobreza como experiencia o como conceptualización es relativa e histórica. Las definiciones sobre la pobreza, el modo en que se la percibe y la identificación de quienes son pobres han sido aspectos variables a lo largo de la historia de la humanidad y de las culturas [...] En la actualidad, por ejemplo, se asocia fuertemente a las carencias materiales o de calidad de vida, pero no siempre ha sido así. Ha dependido, entre otros aspectos, de las formas de producción, supervivencia y protección social de las comunidades; de los sistemas y las construcciones de conocimiento sobre esa realidad; de los sistemas de relaciones de poder; y de los valores y representaciones vigentes sobre la dignidad de la persona humana en cada cultura. La pobreza no siempre ha sido opuesta a la riqueza. Para algunas creencias, comunidades y religiones, ser pobres y despojarse de las cosas materiales que dan poder y prestigio era y es una virtud. Para el poder, sin embargo, la pobreza siempre ha sido vida como amenaza. Los pobres ponen en tela de juicio los valores dominantes de la distribución del prestigio, de la riqueza y del poder. (p. 29)

Spicker (2009) hace una clasificación de definiciones sobre pobreza y las agrupa en cuatro tipos: 1) como un concepto material; 2) como una situación económica; 3) como unas condiciones sociales desfavorables, y 4) como un juicio moral.

La pobreza como un concepto material. Según Spicker (2009), en el primer grupo de la pobreza como un concepto material, aparecen las definiciones de pobreza como privación de algo que las personas pobres necesitan o de oportunidades para el acceso a ciertos recursos para su vida y bienestar. La revisión de Spicker sobre las definiciones de pobreza lo lleva a señalar que, respecto a las necesidades insatisfechas, existe mayor consenso en indicar la falta de techo y el hambre como las circunstancias más agudas y definitivas de la pobreza. La variable *tiempo de privación* es asumida en distinta medida por los autores que ha revisado Spicker. Él mismo considera que la pobreza se define por un patrón de privaciones más que por la privación misma, siendo una situación sostenida en el tiempo y no temporal (Spicker, 2009, p. 293).

La Organización de las Naciones Unidas (ONU), según cita Spicker, ha definido la pobreza como “la condición caracterizada por una privación severa de necesidades humanas básicas, incluyendo alimentos, agua potable, instalaciones sanitarias, salud, vivienda, educación e información. La pobreza depende no sólo de ingresos monetarios sino también del acceso a servicios.” (p. 294).

La pobreza como una situación económica. Este segundo grupo considera como indicador fundamental de la pobreza unos recursos monetarios insuficientes para acceder a los satisfactores de necesidades básicas como la alimentación, el vestido y la vivienda. Allí se ubica el indicador *línea de pobreza*, que se utiliza más a nivel internacional como estándar de medición de la pobreza y que ha sido promovido sobre todo por el Banco Mundial como medida de la capacidad de consumo de las personas. Caben en este segundo grupo de definiciones aquellas que hablan de la desigualdad relativa entre los recursos monetarios percibidos por unas personas en comparación con otras que cuentan con muchos más recursos de este tipo.

La pobreza como condiciones sociales desfavorables. En el tercer grupo, Spicker clasifica aquellas definiciones de pobreza que la identifican como una condición social relacionada con la clase social o ubicación en la estructura de estatus socioeconómico de un grupo humano en una sociedad determinada. También allí se encuentra la definición de pobres como aquellos que mantienen una relación de dependencia frente a una asistencia externa para poder subsistir, la cual usualmente proviene del Estado.

En este mismo grupo, aparece la definición de pobreza como ausencia de titularidades de las personas, es decir, porque no son dueñas de los recursos que necesitan o porque no tienen acceso a los medios para adquirirlos.

Para cerrar el tercer grupo, aparece la pobreza definida como situación de exclusión social en la que las personas pobres, dadas las relaciones sociales existentes, son quienes han sido sacadas (o han quedado por fuera) del acceso a un estilo de vida considerado normal en un área determinada.

La pobreza como un juicio moral. El cuarto grupo de definiciones de pobreza se refiere a todas aquellas acepciones que distinguen a las personas pobres como aquellas que viven en *condiciones materiales moralmente inaceptables* (dependiendo de lo que en una sociedad determinada sea considerado como condiciones mínimamente aceptables de vida humana), respecto a lo cual se tiene la obligación moral de hacer algo para resolver dicha situación (Spicker, 2009, pp. 299-300).

La clasificación propuesta por Spicker sobre definiciones de pobreza puede ayudar a entender las diferencias existentes entre unas y otras, lo mismo que apreciar tendencias y similitudes conceptuales. Sin embargo, el modo sintético como son presentadas dichas definiciones en el texto citado da lugar a ciertas confusiones y equívocos, lo cual puede ser asumido también como evidencia de que respecto a un tema como la pobreza no existen consensos conceptuales en la misma academia, ni entre los organismos internacionales ni entre los mismos Estados y sus gobernantes.

Paul Spicker sugiere, en definitiva, que han existido dos enfoques generales o agrupadores en la definición de la pobreza: uno denominado universalista y el otro multidimensional o alternativo que asume la perspectiva de los pobres.

Enfoque por una definición universal, científica y unificada de la pobreza

Según Spicker, este enfoque se caracteriza por pretender una definición única a nivel mundial que se constituya en referente científico de uso generalizado para identificar dicho fenómeno, y el cual sirva al mismo tiempo para determinar y evaluar las acciones sociales, políticas y económicas respecto a la pobreza en cualquier parte del planeta. Por ejemplo, en este enfoque se incluye la definición de pobreza en términos de los ingresos, según la cual se determina como pobres a aquellas personas que perciben un ingreso por debajo de la denominada línea de pobreza fijada de forma arbitraria en un dólar diario y 371 dólares al año (Spicker, 2009).

Ante iniciativas de conceptos universales de pobreza de tipo economicista como el de nivel de ingresos, varios estudiosos sociales como Manfred Max-Neef y Amartya Sen han manifestado sus críticas, pues consideran que la definición de la pobreza basada en el ingreso tiene ciertas fallas que la limitan considerablemente.

Para Max Neef, la racionalidad económica convencional no compromete al ser humano en su totalidad, sino que aprecia a las personas exclusivamente como dependientes del dinero para sobrevivir y satisfacer todas sus necesidades. Según este autor, las necesidades fundamentales que comparten todas las personas por su condición de seres humanos son nueve: subsistencia, protección, afecto, comprensión, participación, creación, recreo, identidad y libertad. Lo que en realidad varía son los satisfactores de esas necesidades, dependiendo de las culturas, los tipos de sociedad y las personas (Max-Neef, 1993, pp. 41-42). En este sentido, según Max-Neef (y sus colaboradores en el libro *Desarrollo a escala humana. Con-*

ceptos, aplicaciones y algunas reflexiones), no se debe hablar de la pobreza como una sola, sino más bien de varias pobrezas, puesto que alguien es pobre, y de diferente forma, en la medida en que cualquiera de sus necesidades humanas fundamentales no esté siendo satisfecha adecuadamente.

Amartya Sen (2000) no habla precisamente de las necesidades insatisfechas para describir o conceptualizar la pobreza. Desarrolla más bien un enfoque en el cual las palabras “libertad”, “capacidad” y “oportunidad” se entrelazan para permitir una definición de pobreza propia y original. Sen define la pobreza como la privación de capacidades básicas que viven las personas en un medio social, con pocas oportunidades para desarrollarse plenamente como seres humanos, y así ejercer libertades fundamentales que le permitan elegir autónomamente lo que quieren para sí mismas y para participar de la vida social.

Sen cuestiona a la disciplina de la economía tradicional pues esta encasilla al ser humano como un *homo economicus*, que se centra en la racionalidad instrumental y en el interés individual como únicas fuerzas motivadoras de su accionar. Según Sen, el dinero por sí solo no es garantía para acceder a todo lo que una persona necesita para vivir dignamente y a plenitud. No hay una correspondencia estrecha entre la pobreza vista como escasez del ingreso, y la pobreza vista como incapacidad para satisfacer algunas necesidades elementales y esenciales. La pobreza no debe medirse solo según el acceso a bienes materiales y sociales, porque primero es necesario que los individuos tengan la capacidad de utilizarlos eficazmente, y así permitirles ser libres para procurarse su bienestar. Sen afirma que la conversión del ingreso en capacidades básicas puede variar de manera significativa entre los individuos, ya que está afectada por variables sobre las que una persona puede tener escaso o ningún control, como son el sexo, la edad, la enfermedad y la localización geo-

gráfica. Así, la pobreza resultaría más intensa que la medida mediante el ingreso, razón por la cual utilizar una línea de pobreza homogénea, que no varíe entre las personas, puede ser muy equivocado para identificar y evaluar la pobreza. Por ello, Sen (2000) propone definir la pobreza en términos de la privación de la capacidad.

Enfoque por una definición de pobreza desde la perspectiva de los pobres

Aunque las miradas disciplinares académicas se han arrogado la autoridad para definir qué es la pobreza, han surgido iniciativas que buscan dar protagonismo a la voz de las propias personas pobres para que sean ellas quienes definan qué es la pobreza y cuenten cómo es vivir como pobres en un mundo desigual.

El segundo enfoque identificado por Spicker trata a la pobreza como un problema multidimensional, cuya definición y forma con las que esta se mide dependen mucho de las condiciones específicas de cada contexto, lo mismo que de las diferentes culturas. Para este enfoque la pobreza no sería una condición única y fácilmente identificable, y entender de ese modo la pobreza implica el compromiso de trabajar desde la perspectiva de los pobres.² Spicker cita como ejemplo de este enfoque el estudio participativo a cargo de Deepa Narayan financiado por el Banco Mundial, el cual consultó a más de 20.000 personas alrededor del mundo precisamente para que ellas dieran sus propias definiciones acerca de la pobreza. El informe de este estudio denominado *Voces de los pobres* y publicado en el 2000, muestra que no existe una definición única o universal acerca de la pobreza, sino que depende mucho de la cultura y las situaciones sociales de cada país o zona geográfica. También pone en evidencia la implicación de un sinnúmero de relaciones y factores que contribuyen a que la pobreza aparezca, se mantenga, se extienda y se agudice. La mayor virtud de este

2 “[...] un enfoque multidimensional supone una postura flexible ante una amplia variedad de problemas, juzgados por diferentes criterios en lugar de uno solo estandarizado. Tal vez sea más importante un entendimiento multidimensional de la pobreza asociado a métodos participativos y a respuestas participativas a la pobreza. Y esto no es sólo aplicable a conceptos y definiciones, sino también al empoderamiento de los pobres” (Spicker, 2009, p. 304).

estudio es advertir que se requiere permitir y fomentar una mayor participación de los grupos sociales denominados pobres en las decisiones políticas que conciernen a su bienestar y desarrollo (Spicker, 2009).

Podría hablarse de dos antecedentes del enfoque multidimensional de definición de la pobreza. El primero de ellos lo constituyen los estudios realizados por Oscar Lewis respecto a los modos de vida de familias pobres en México, Puerto Rico y Nueva York. En 1961, Óscar Lewis publica *Los hijos de Sánchez*, como resultado de su investigación antropológica inmerso en una familia pobre de Ciudad de México, recogiendo mediante entrevistas y observación participante información que fue interpretada por muchos de sus lectores como evidencia de la existencia de una cultura de la pobreza (lo cual fue motivo de críticas por un sector de académicos sociales); es decir, unos patrones de conducta transmitidos de generación en generación, marginalidad social, exclusión de los servicios básicos, desocupación e informalidad laboral, problemas de convivencia y violencia en los hogares y comunidades pobres, hacinamiento, presentismo y unos mecanismos de defensa para seguir adelante, sin los cuales los pobres difícilmente podrían seguir adelante, entre muchas otras características que marcan una tendencia (Lewis, 1964). Los estudios de Lewis han generado todo tipo de polémicas, especialmente porque de ellos se indujo la existencia de una *cultura de la pobreza*, según la cual habría ciertos rasgos característicos de las familias pobres relacionados con su composición familiar y el tipo de vínculos en el interior de ellas, sus conductas, formas de pensamiento y sus costumbres. Esto, para autores como Álvarez Leguizamón (citada por Spicker, 2009), permite que se culpe a las personas pobres de su propia situación, lo que disminuye la importancia de factores de orden estructural.

El segundo antecesor del enfoque multidimensional o por una definición de la pobreza desde la perspectiva de los pobres es el trabajo de investigación realizado entre 1969 y 1971 por Larissa Adler de Lomnitz (1975) en Ciudad de México. La autora empieza por señalar que en el contexto

latinoamericano la pobreza de las zonas marginales alcanza notoriedad en la década de los cincuenta, cuando las barriadas pobres en ciudades como Lima, México y Río de Janeiro empezaron a crecer considerablemente tras los crecientes procesos de industrialización y el desplazamiento de grandes masas de poblaciones del campo a la ciudad (Adler de Lomnitz, 2006). El estudio de Adler de Lomnitz incluyó como parte de su metodología la observación y el diálogo directos con tres familias de escasos recursos, inmigrados en la capital mexicana, para establecer la forma como lograban sobrevivir dichas familias en medio de su situación de marginalidad y de carencias.

Según Adler de Lomnitz los pobres muestran una habilidad significativa para sobrevivir, habilidades que ella denomina “mecanismos de supervivencia” y que tienen que ver con modalidades económicas y laborales que les permiten adquirir recursos monetarios para solventar sus necesidades más básicas. En su investigación, encuentra que las actividades laborales predominantes de cerca de 200 familias marginadas y pobres en Ciudad de México tienen que ver con servicios domésticos y de mantenimiento, mano de obra contratada al día y el reciclaje. La autora encontró además que las redes sociales (familia, compadrazgo y amistad) constituían parte de esos mecanismos de supervivencia (2006).

Para la década de los noventa, se ubicaría uno de los trabajos herederos más reconocidos de lo que ya se podría reconocer como una tradición en los estudios sociales sobre la pobreza. Pierre Bourdieu (2010), publicó en 1993 *La miseria del mundo*, como producto de una investigación colectiva en la que a través de entrevistas se reseñaban y analizaban las vidas de varias personas que, por diferentes razones y de variadas formas, se enfrentaban a escenarios de exclusión social, siendo la pobreza la situación más común referenciada en la obra. Allí los entrevistados tuvieron la oportunidad de narrar los múltiples sufrimientos y sus formas de intentar superarlos en distintos escenarios de Francia y Estados Unidos, ocurridos en el contexto de unos nuevos problemas sociales de la era postindustrial o del nuevo capitalismo en

la década de los ochenta y principios de los noventa. Su metodología de investigación partía de una crítica a las estadísticas frías y a las encuestas burocratizadas con preguntas esquematizadas, formuladas de afán a los entrevistados en una especie de interrogatorio, que además no tenían el mínimo interés por las cuestiones emocionales que las condiciones sociales de exclusión, marginalidad y pobreza generaban en las personas. En vez de esto, el estudio de Bourdieu y sus coinvestigadores optó por entrevistas a profundidad donde lo esencial que se quiso captar con todo rigor científico era precisamente la humanidad de las personas que participaron en el estudio, tratando de que los investigadores “se pusieran en los zapatos” de los entrevistados para entender su contexto y circunstancias.

El enfoque de definición de pobreza desde la perspectiva de los pobres ha alcanzado su apogeo en los albores del siglo XXI en el contexto latinoamericano, en el cual sobresalen dos estudios con la intención de hacer visible la voz de las personas en situación de pobreza. El primero de ellos fue el realizado por la investigadora argentina Irene Vasilachis de Gialdino, que presenta en su libro *Pobres, pobreza, identidad y representaciones sociales* (2003). En él se consignan los resultados de la investigación de corte etnográfico que Vasilachis de Gialdino realizó entre 1998 y 1999 en Buenos Aires, en medio de la crisis económica por la que estaba pasando Argentina para el mencionado periodo. Vasilachis de Gialdino (2003) identifica una serie de representaciones sociales de la pobreza manifiestas por personas habitantes de la calle, la mayoría de ellas empobrecidas por la crisis económica de principios de siglo en el país austral. A partir de las mismas expresiones libres de las personas, realizadas en el marco de entrevistas a profundidad, la autora da cuenta de las relaciones de privación que sufren estas personas, destacando el sometimiento a una serie de discriminaciones por ser “pobres”, al igual que por un conjunto de exclusiones e indiferencias por parte de la sociedad, en la que los principales causantes de dicha desazón son los que, para los entrevistados, constituyen la categoría “ricos”.

El segundo estudio de este mismo corte fue llevado a cabo en Ciudad de México, realizado por José Roberto Mendoza para obtener el título de Licenciado en Psicología y sus resultados fueron publicados en 2009 (Mendoza, 2009). La investigación consistió en realizar una encuesta a 50 personas pobres y otras 50 no pobres, clasificadas así según su nivel de ingresos, con el fin de comparar las representaciones sociales sobre la pobreza de ambos grupos. Mendoza halló diferencias significativas en el modo como se constituyen las representaciones sociales sobre la pobreza entre los dos grupos poblacionales previamente definidos: los pobres hablan desde su propia realidad material y concreta mientras que los no pobres lo hacen de manera indirecta y casi fantasiosa por su poco o nulo acercamiento con la realidad de la pobreza. Al igual que lo había hecho Adler de Lomnitz en la década de los sesenta, el autor se encuentra con que la búsqueda de la supervivencia concentra todos los esfuerzos de la población pobre, lo que la limita en gran medida para considerar horizontes más prósperos sobre los cuales encaminarse con una planificación mínimamente precisa.

En todo caso, como ya se dijo, puede afirmarse que los dos estudios reseñados han tenido como objetivo primordial transmitir la forma como sienten, perciben y viven su situación de pobreza las mismas personas denominadas como pobres, a partir de sus propias definiciones y reflexiones sobre su situación.

En Colombia merece ser destacado el trabajo de José Amar Amar (2002), quien realizó una investigación acerca de las representaciones sociales sobre conceptos económicos con niños y jóvenes de la costa Atlántica. El estudio arroja indicios de todo un entramado de representaciones sociales acerca de la pobreza, las cuales apuntan en su gran mayoría a la naturalización cultural del fenómeno como propio de la condición social en la que viven estos niños, niñas y jóvenes pertenecientes a contextos donde se ven comprometidas seriamente las expectativas para lograr un progreso social, más aún cuando los conceptos que ellos y ellas poseen del funcionamiento de la

economía son precarios y favorecen la autoexclusión del mismo modo como la marginación por cuenta de las clases altas de la sociedad costeña. Esto, en el marco de un Estado cada vez menos comprometido profundamente con la solución estructural de la problemática de la pobreza, pues reduce sistemáticamente su campo de acción y responsabilidad bajo la tendencia neoliberal del Gobierno nacional, como el mismo autor lo denuncia. En vez de ello, las instituciones políticas de esta forma de Gobierno han permeado con su manera de ver la pobreza, a las propias concepciones de los individuos y comunidades que se inclinan por responsabilizarse y autoculpabilizarse de las condiciones que afectan su calidad de vida por una supuesta “falta de esfuerzo o voluntad” para salir de la pobreza (Amar Amar, 2002).

En cuanto a los estudios sobre la pobreza realizados en Bogotá, la revisión bibliográfica y documental que se llevó a cabo para el estudio del cual parte el presente artículo mostró que en la ciudad hasta el 2010 no se habían realizado estudios particularmente enfocados en el tema de las representaciones sociales sobre la pobreza, aparte de los que tratan de forma estadística la pobreza subjetiva, refiriéndose a cifras y porcentajes de personas que sienten ser pobres, pero no se profundiza en por qué se sienten así, cuáles son las definiciones que estas personas hacen acerca de la pobreza en general, lo que estas definiciones implican para entender, explicar y sostener sus formas de vida y para evaluar lo que se hace en la ciudad en relación con las personas y comunidades categorizadas como pobres. Las fuentes documentales producto de investigaciones rigurosas que se encontraban en 2010 acerca de la pobreza en Bogotá obedecían más a la tendencia economicista de abordaje del tema de la pobreza, con la cual no se llega siquiera a mencionar lo que la gente del común, particularmente la gente denominada pobre, piensa acerca del fenómeno.

Las intervenciones sociales para la pobreza

Para Esteban Ruiz Ballesteros (2005), la intervención social es un suceso de la modernidad, surgida como intento de respuesta a las demandas y diversas problemáticas de una sociedad compleja y segmentada bajo criterios hegemónicos de tipo económico, político, cultural y social, que dan lugar a la exclusión y la marginación de amplios sectores de población.

Para este autor, toda intervención social parte de un discurso a través del cual define su propio objeto de acción y al mismo tiempo la situación a intervenir en un contexto social. En sus propias palabras, el discurso que maneja la intervención

[...] enmarca el conjunto de sus acciones, delimita el campo de acción y la población a la que se dirige, organiza sus objetivos, y en general, justifica o legitima la acción pretendida y realizada por parte de quienes formulan, planifican y ejecutan una intervención social.(s. p.)³

Uno de los objetos o situaciones predominantes para la intervención social ejercida tanto por el Estado como por entidades privadas de todo tipo (iglesias, ONG, entre otras) es la pobreza, tal como lo dice Ruiz Ballesteros (2005):

[...] con recursos discursivos como pobreza se está creando la situación de la intervención, su contexto social, que responde a una objetivación -en el sentido de crear el objeto- de la intervención social. [...] La pobreza, como elemento conceptual, es uno de los objetos preferentes de la intervención social. (s. p.)

Centrado en analizar el papel del profesional en trabajo social en este tipo de intervenciones, Ruiz Ballesteros hace un completo análisis de la intervención social, considerando especialmente aquella de iniciativa estatal que centra su acción en la pobreza. El discurso sobre la pobreza, dice el

3 “[...] el discurso puede ser definido como un sistema simbólico que produce significación con relación a la consecución de los objetivos o intereses particulares del emisor, el sistema simbólico en este caso está asociado a las estructuras de poder que contribuyen a producir una identidad social” (Murillo, 2004, pp. 369-385).

autor, aparte de servir para justificar o legitimar a la intervención, también tiene la intención de perpetuarla pues representa la administración de recursos, la apropiación y expansión de ideologías, el reconocimiento y la legitimidad del poder establecido, su prestigio y su estatus social, entre otros factores que suelen quedar ocultos ante la mirada desapercibida y poco crítica de la sociedad. Es por ello que Ruiz Ballesteros propone una revisión de los aspectos éticos, ideológicos, políticos y culturales que han sido marginados por consideraciones netamente economicistas, bajo las cuales se da lugar a activismos poco favorables para la solución de problemáticas y espacio para la exclusión de los grupos sociales más vulnerables en la búsqueda de consensos que involucren una mayor responsabilidad de los diversos estamentos de la sociedad en poder de los recursos (Ruiz Ballesteros, 2005).

Alipio Sánchez Vidal (1999) define la intervención social como:

Una interferencia intencionada para cambiar una situación social que, desde algún tipo de criterio (necesidad, peligro, riesgo de conflicto o daño inminente, incompatibilidad con valores y normas tenidos por básicos, etc.), se juzga insoportable, por lo que precisa cambio o corrección en una dirección determinada. Concretando más, se trata de una acción externa, intencional y autorizada para cambiar (a mejor, se supone) el funcionamiento de un sistema social (institución, grupo humano, comunidad...) que, perdida su capacidad de autorregularse, es incapaz de resolver sus propios problemas o alcanzar metas vitales deseadas. (p. 74)

Sánchez Vidal concentra su atención en el sistema axiológico que rodea a la intervención social y dice respecto a ella que se constituye en una forma de ordenación de la sociedad desde la perspectiva de un poder que se autoconstruye y fortalece en descrédito de los sujetos intervenidos vistos primero como diferentes, luego como débiles o vulnerables, y finalmente como inferiores

e incapaces por su propia personalidad y por su cultura, de asumir por sí mismos la construcción de un proyecto de vida y un proyecto de sociedad. Desde esa perspectiva, son los especialistas del Gobierno y los profesionales quienes son llamados a asistir, a intervenir y a guiar a la sociedad hacia el modelo de vida sobre el ideal que se ha creado en conveniencia de la continuidad de las formas de poder (Spicker, 2009).

Spicker (2009) indica que:

Existe una diversidad de dispositivos gubernamentales y de la llamada sociedad civil para acercarse a los pobres y a las pobreza, para intervenir de manera espontánea o con tecnologías sofisticadas o para crear y/o adaptar corrientes de pensamiento sobre aquellos considerados pobres, indigentes, hambrientos, desnutridos, o trabajar a favor de formas de ciudadanía universal, para que aquellos que emigran por hambre o falta de oportunidades puedan tener el derecho a movilizarse por el mundo sin barreras, ni murallas, ni policías, ni violencia, como puede hacerlo el capital. (p. 35)

Según comenta Spicker, las políticas gubernamentales son primordiales para la reducción de la amplia brecha entre ricos y pobres, y que precisamente los gobiernos latinoamericanos, que creyeron los postulados del “pensamiento único” (bien presentados en el Consenso de Washington) que ponían al crecimiento económico como garante de la disminución de la pobreza, reduciendo de paso la injerencia del Estado en su función reguladora para permitir el libre mercado, no han visto cumplir dichas promesas en la libre apertura de sus economías.⁴

Afirma Spicker que los discursos sobre los cuales se suelen basar las intervenciones sociales en los últimos tiempos tienen que ver con las llamadas teorías del desarrollo, a partir de las cuales:

Usualmente se han entendido unas divisiones marcadas entre los que se denominan países desarrollados, por oposición a los que están en desarrollo o

⁴ Un ejemplo de ello lo presenta Elina Mecle, coautora del libro *Pobreza, desigualdad social y ciudadanía*, editado por Clacso, respecto al caso argentino, agudizado por la corrupción administrativa presente en los gobiernos democráticos del país austral hacia la década del noventa del pasado siglo (Mecle, 2002).

son subdesarrollados; o entre países industrializados y no industrializados. Más allá de las posibles diferencias que pueda haber en esta fácil y mágica división que produce el nombramiento, sobre todo en la posibilidad de acceso a recursos y oportunidades para llevar una vida digna, este es un pensamiento dual (que oblitera las complejidades) y es —en muchos sentidos— evolucionista y neocolonial. (Spicker, 2009, p. 32)

Spicker (2009), además, señala que intervenir sobre la pobreza necesariamente lleva a definirla y usualmente esto se hace a través de unos indicadores que simplifican lo que la pobreza significa en aras de focalizar la población objetivo de la intervención y medir su impacto.

Según Álvarez Leguizamón (2009), en las intervenciones sociales la focalización se define como el hecho de elegir una población o a unos individuos específicamente como beneficiarios, usuarios o clientes de dicha intervención bajo unos criterios determinados:

[...] la focalización es un dispositivo fundamental dentro de las políticas impulsadas e impuestas por los organismos de ‘promoción’ del desarrollo a los países llamados pobres de casi todo el mundo, que reproduce las viejas formas de estigmatización de la pobreza como la caridad o las leyes de pobres inglesas. Se les exige, como condición para recibir una protección básica mínima, distintas formas de prueba de su pobreza “real” y, la mayoría de las veces, también una contraprestación bajo renovadas formas de tutela paternalista encarnadas en diferentes modalidades de trabajo gratuito. [...] Tales dispositivos, a su vez, se nominan con nuevos conceptos provenientes de la economía política —cuya funcionalidad utilitaria es evidente—, como la idea de productividad de los pobres, [...] como los de capital social, portafolio de activos vulnerables, entre otros. (p. 31)

Como se ha podido observar en las diversas definiciones y reflexiones acerca de las intervenciones sociales de la pobreza que se han reseñado hasta este punto, existe un reclamo tácito para que se dé una mayor participación a las personas pobres para determinar el rumbo de sus vidas a partir de sus propios intereses, experiencias, ca-

pacidades, formas de pensar y actuar, buscando que sean agentes protagónicos de su desarrollo personal y social, e incluso haciendo un llamado para la organización y la autogestión de las comunidades para garantizar sus vidas en condiciones dignas. Por ello, lo que sigue a continuación consiste en explicar el concepto y el proceso de las representaciones sociales, para luego enfocar el texto en lo que fue el objeto de este estudio, es decir, las representaciones sociales sobre la pobreza y su incidencia en la evaluación de las intervenciones sociales

Representaciones sociales: su formación, su estructura y su funcionamiento

Según Moscovici (1985), las representaciones sociales son sistemas de valores, nociones y prácticas relativas a objetos del medio social, que permiten la estabilización del marco de vida de los individuos y los grupos sociales; de esta manera, se constituyen en un instrumento de orientación para la percepción de situaciones y la elaboración de respuestas. Las representaciones sociales son contenidos de conocimiento que hacen parte del saber ordinario o sentido común, compartidos en una comunidad respecto a un objeto social, y juegan un papel funcional u operativo al organizar el pensamiento de las personas, lo mismo que su conducta social.

Dice el citado autor que el hecho de que las representaciones sociales sean una especie de “teorías implícitas” en la sociedad sobre el mundo social justifica que se pueda hablar de una epistemología del sentido común. De acuerdo con Moscovici (1985), las representaciones sociales “equivalen, en nuestra sociedad, a los mitos y sistemas de creencias de las sociedades tradicionales; puede, incluso, afirmarse que son la versión contemporánea del sentido común”.

Las personas tienen como base de conocimiento las representaciones sociales compartidas en su grupo y pueden recurrir a ellas como una especie de evidencia concreta para justificar lo que piensan, lo que sienten y lo que hacen. Las condiciones sociales y los grupos a los que per-

tenecemos influyen en nuestro pensamiento, puesto que nos ofrecen la evidencia para creer en lo que creemos (asociación de contenidos con otros contenidos) y justificar lo que hacemos (asociación de contenidos con acciones). Como dice Moscovici (1988): “las representaciones tienen una verdad fiduciaria, que es generada por la confianza que depositamos en la información y los juicios cuando los compartimos con otras personas” (citado por Morales, 1994).

Castorina (2003) afirma que las representaciones sociales se producen, se difunden, se recrean y se transforman en el curso de las interacciones comunicativas en los grupos y respecto a objetos con los cuales mantienen unas relaciones prácticas y relevantes en su cotidianidad o que producen cierto conflicto con ideas precedentes mantenidas en el colectivo. Los sujetos en primera instancia tienen acceso a ideas “ya dadas” y no realizan una actividad reconstructiva inicial, la cual sí es posible luego de entrar en conflicto con sucesos o conceptos diferentes a los que hacen parte de su conocimiento social. (Castorina, 2003). Para Castorina lo que permite entonces denominar como sociales a estas representaciones “no son tanto sus soportes individuales o grupales como el hecho de que sean elaboradas durante los intercambios comunicativos y la interacción en las instituciones” (p. 12).

Para Tomas Ibáñez (1988):

[...] las representaciones producen los significados que la gente necesita para comprender, actuar y orientarse en su medio social. En este sentido, las representaciones actúan de forma análoga a las teorías científicas. Son teorías de sentido común que permiten describir, clasificar y explicar los fenómenos de las realidades cotidianas, con suficiente precisión para que las personas puedan desenvolverse en ellas sin tropezar con demasiados contratiempos. En definitiva, las representaciones sociales parecen constituir unos mecanismos y unos fenómenos que son estrictamente indispensables para el desarrollo de la vida en sociedad. (p. 55)

Según Herzlich (1975), sobre un mismo objeto socialmente significativo puede haber una gran disparidad de posiciones, a lo que se suma

que los contextos siempre están modificándose y que resultan diferentes conflictos en las relaciones sociales. Cada vez surgen nuevos vacíos en la experiencia y el saber de las personas, y con ellos la necesidad de hacer una apropiación rápida de conceptos de la ciencia lo mismo que del sentido común, por la urgencia de entender y razonar las experiencias extrañas para transformarlas en experiencia directa. Es allí cuando las representaciones sociales cumplen su rol de alivio a esa extrañeza, para lograr la apropiación del mundo exterior y una búsqueda de sentido en el cual puede inscribirse su acción.

El término representaciones sociales no solo alude a contenidos de conocimiento, sino también al proceso como se construyen, divulgan y adaptan dichos conocimientos. Las representaciones sociales son creadas a través de procesos comunicativos en diferentes contextos significativos de interacción (por ejemplo, el hogar, la vecindad, la escuela, el lugar de trabajo, los espacios de esparcimiento colectivo, etc.) y por la influencia de los medios de comunicación a los que accede una comunidad. Esto significa que todos los miembros del grupo han de tener acceso a ese conocimiento y ser potencial o efectivamente productores y multiplicadores de este conocimiento social (Morales, 1994).

Son dos los procesos generativos de las representaciones sociales. El primero es definido como *objetivación*, y consiste en transformar entidades abstractas en algo concreto y material, de tal modo que estas entidades tengan existencia en una comunidad como conceptos tangibles, inteligibles y divulgables entre sus miembros. El segundo proceso es el *anclaje*, y supone un proceso de categorización a través del cual clasificamos y damos un nombre a las cosas y a las personas. Este proceso permite transformar lo desconocido en un sistema de categorías que nos es propio (Moscovici, 1981, 1984, citado en Morales, 1994).

La objetivación

De acuerdo con la obra de Moscovici, como lo sintetiza Herzlich (1975), en un primer momento de la objetivación, lo que ocurre es que de las

complejas y extensas características que pueden constituir el significado o el concepto abstracto sobre un objeto y que no son posibles de abarcar en su totalidad, se hace una especie de tamizaje mediante el cual se escogen ciertas características de dicho objeto, por ejemplo, las que parezcan más entendibles, más describibles y las que se consideran más relevantes para la cotidianidad del grupo.

Con dichas características seleccionadas del objeto y descontextualizadas, se reúnen en una nueva abstracción, y luego se crea una imagen con el fin de materializar dicha abstracción. Esta elaboración se caracteriza tanto por su carácter concreto, lleno de imágenes —y por consiguiente accesible—, como por su coherencia. A esa imagen creada sobre el concepto abstracto se le denomina núcleo o esquema figurativo (Herzlich, 1975).

El momento final de la objetivación es la *naturalización*, que consiste en que la imagen del objeto se convierte en objeto mismo, y desprende del objeto inicial. Los nuevos conceptos se mudan así en verdaderas categorías del lenguaje y del entendimiento —categorías sociales ciertamente—, apropiadas para ordenar los acontecimientos concretos y para ser nutridas por ellos. Paralelamente, lo que era concepto abstracto se transforma en “entidad” objetiva. (Herzlich, 1975, p. 403). Se llama entonces objetivación a este proceso porque la imagen se objetiva o, en otras palabras, la imagen se convierte en objeto, un objeto que es social por cuanto la gente habla y da por entendido significados comunes. “Sustituyendo conceptos abstractos por imágenes, reconstruimos esos objetos, les aplicamos figuras que nos parecen naturales para aprehenderlos, explicarlos y vivir con ellos, y son esas imágenes las que, finalmente, constituyen la realidad cotidiana en la que nos desenvolvemos” (Morales, 1994, p. 831).

De acuerdo con Herzlich (1975), la reproducción de las propiedades de un objeto no es el reflejo tal cual del objeto, sino una remodelación de este, una verdadera construcción mental del objeto que se presenta a los individuos como dato perceptivo. El objeto social modelado por la representación, y como producto de los grupos,

se presenta como el verdadero fundamento de su actividad y de sus relaciones. Lo que en adelante “verán” los sujetos no es el objeto inicial como tal, sino la representación que se ha hecho de él.

En relación con lo anterior, Jean Claude Abris (1989) señala que la realidad social está mediada por las representaciones sociales; es decir, que el comportamiento de los sujetos no está determinado por las características objetivas de la situación, sino por las representaciones que ellos se hacen de esa situación.

Como afirma Morales (1994), para la investigación en representaciones sociales lo más importante no es saber si el nuevo significado tiene una total correspondencia con la realidad concreta del objeto, sino más bien reconocer los elementos que concentran la significación del objeto representado y hallar las formas como las prácticas cotidianas en el interior de los grupos sociales se ven afectados por dicho significado. Entender el funcionamiento de las representaciones sociales se hace interesante cuando eso nos permite explicar cómo lo que se sabe y dice en una comunidad acerca de un objeto social, se convierte en referente de pensamiento y de acción para sus miembros.

El anclaje

Según Claudine Herzlich, las representaciones sociales del grupo constituyen puntos de referencia con los que se puede amortiguar el impacto de la extrañeza que causa una situación novedosa o una manera distinta de entender un fenómeno. Cuando nos enfrentamos a algo que no comprendemos o que nos genera conflicto con lo que ya sabemos, tratamos de asimilarlo e interpretarlo según nuestro bagaje de conocimientos. Esto es a lo que se le llama anclaje: el proceso por el cual un concepto nuevo se inserta en un marco de referencia conocido y luego se le instrumentaliza, y así se hace aplicable en el contexto social donde se comparte dicho conocimiento. Esta instrumentalización consiste en atribuir una funcionalidad al nuevo objeto social, proporcionando y legitimando sistemas de clasificaciones y tipologías de las personas y de los acontecimientos (ver más adelante el concepto de *categorización social*);

suscitando costumbres y necesidades nuevas; generando expectativas o rechazos, entre otros tipos de respuestas posibles ante diversas situaciones planteadas por el objeto social representado (Herzlich, 1975, p. 405).

El anclaje posibilita la inserción de las representaciones en la dinámica social, haciéndolas instrumentos útiles de comunicación y comprensión. Es así como las personas pueden comunicarse dentro de los grupos a los que pertenecen bajo criterios comunes, con un mismo lenguaje para comprender los acontecimientos, las personas o los grupos. (Morales, 1994, s. p.)

Como lo enuncia Herzlich, en el proceso de anclaje se hace uso de categorías preexistentes para designar las novedades que se presentan. Esa asignación parte de las relaciones de similitud que se hallan entre la novedad y las características asignadas a una cierta categoría.

La objetivación y el anclaje son dos elementos de un mismo proceso de cognición social por el cual se hace entendible la realidad, y para que de ese entendimiento se derive un conocimiento social práctico y funcional, el cual nos permita desenvolvernos en el entramado de relaciones y situaciones que implica la vida cotidiana, concluye Herzlich.

Para Moscovici, los elementos constitutivos de una representación son susceptibles de ser analizados según tres dimensiones: la información, el campo de información y la actitud. La información refiere a la característica *cantidad*, o sea, tiene que ver con el cúmulo de datos que vienen anexos a la representación social que se tiene acerca de un objeto social. Cuando Moscovici habla del campo de información, el criterio ya no es cuánta información se tiene sino qué tipo de información se maneja, lo que implica cualidades y temáticas a las que se tiene acceso y que se hacen manifiestas respecto al objeto social representado. La tercera dimensión, la actitud, refiere a cierto tipo de carga afectiva sobre el objeto social representado, negativa o positiva, y una disposición para actuar de una manera específica frente a él. Las tres dimensiones reseñadas marcan di-

ferencias entre los grupos e incluso al interior de estos (Herlich, 1975).

La cantidad de información, los campos de información y las actitudes manifiestas por las personas frente a un cierto objeto social nos pueden dar idea de la pertenencia de una persona a una categoría o grupo social. Como dice Herlich, la utilidad del análisis en las tres dimensiones propuestas por Moscovici radica en que se pueden hacer estudios comparativos que den cuenta de una diferenciación de los grupos en función de sus representaciones sociales, dado que estas contribuyen a la definición de aquellos.

Dado lo anterior, resulta preciso hacer claridad de lo que significan las categorías sociales y los procesos de categorización social, según los aportes de Henry Tajfel (1984). Debido a que la información a la que se encuentran expuestas las personas por lo general es bastante extensa, para poder acceder a ella, entenderla y utilizarla, la memoria humana se ha especializado en la organización de esa información mediante la creación de categorías, tratando a estímulos independientes como equivalentes entre sí, o integrantes de una unidad, y diferentes a su vez de otros estímulos. Una categoría es una clase determinada de objetos y el grupo de objetos pertenecientes a esa clase que son considerados equivalentes.

Como afirma Tajfel, usualmente las personas pensamos y describimos los grupos humanos a los que no pertenecemos, basándonos en aquellos conceptos que sobre dichos grupos se divulgan y comparten de forma regular o corriente en nuestro entorno. En vez de someter dichos conceptos a un juicio crítico y riguroso, la mayoría de las veces nos ahorramos la tarea y los aceptamos simplemente como verdaderos, quizá porque suponemos que, si “todo el mundo lo dice”, o sea, si percibimos un consenso en lo que se dice acerca de un determinado grupo humano, es porque debe ser cierto aquello que se está diciendo.

A finales de los años sesenta y principios de los setenta en el siglo pasado, Henry Tajfel y J. C. Turner denominaron *categorización social* al proceso por el cual los seres humanos organizamos

de forma sencilla y accesible la vasta información que puede haber en el entorno sobre las personas y los grupos humanos. Para ambos autores, la categorización social consiste en el agrupamiento o la clasificación de las personas que hacen parte de la sociedad en unas categorías sociales, según ciertas características que definen qué tipo de personas hacen parte de esa categoría y quiénes no (Tajfel, 1984; Turner, 1990).

La categorización social no se hace solamente hacia el exterior, sino que cada persona realiza una categorización de sí mismo haciendo uso de alguna o algunas de las categorías sociales que utiliza para designar y agrupar a los demás. A este proceso se le denomina *categorización del yo* o *autocategorización*. Este proceso en particular fue estudiado por J. C. Turner, quien enfatizó en el hecho de que sentirse uno mismo parte de un grupo, implica una carga afectiva o emotiva, negativa o positiva, según como sea juzgada esa pertenencia, de tal manera que la autocategorización compromete la autoestima de las personas (Turner, 1990).

Sirva entonces explicar la teoría de la categorización y la autocategorización social, para introducir la relación que las representaciones sociales tienen con los procesos de identidad social, tema que se aborda a continuación.

Relación de las representaciones sociales con la identidad social

Según Morales (1994), el discurso y la comunicación que crean las representaciones sociales tienen lugar en los *grupos reflexivos*. Se habla de grupos reflexivos cuando los sujetos mismos son quienes se definen como uno integrantes o miembros del grupo, contrario a lo que sucede en relación con los grupos nominales que son aquellos definidos desde afuera, o sea, cuando unas personas son consideradas por otras como miembros de un grupo sin necesidad de que las primeras tomen conciencia de su pertenencia.

Uno de los resultados de la comunicación dentro de los grupos reflexivos son las representaciones sociales y estas caracterizan el estilo de

pensamiento de los integrantes del grupo, conformando una base de conocimiento en la que confían las personas de dicho grupo como referencia para su propio pensamiento y acción. El pensamiento colectivo que constituyen las representaciones sociales y la reflexividad de los grupos se complementan mutuamente y son los prerrequisitos fundamentales para lo que se denomina *identidad social*. Las representaciones sociales serían, entonces, “una forma de conocimiento socialmente elaborado y compartido, y orientada a la práctica, que contribuye a la construcción de una realidad común a un conjunto social” (Jodelet, 1989, citado por Giménez, 1997).

Herzlich (1975) señalaba que uno de los atributos esenciales de la representación social es contribuir a definir un grupo social. Poder hacer referencia a un conocimiento social compartido, y sentirse o percibirse como parte o miembro de un conglomerado social determinado son condiciones fundamentales para que exista una identidad social.

La relación entre representaciones sociales e identidad social ya había sido sugerida por Moscovici, según lo expresa Morales (1994):

Por una parte, la identidad social implica el conocimiento de los grupos a los que se pertenece, y por otra, que es el grupo quien da origen a un *background* de conocimiento, sentido común y modelos de justificación. Este *background* de conocimiento es específico al grupo y conduce a los miembros a situarse ellos mismos en un espacio discursivo común. (s. p.)

Para finalizar y comenzar a abordar más directamente el tema central de este texto, vale la pena citar a Sandra Araya (2002), quien afirma que la teoría de las representaciones sociales constituye una herramienta fundamental de análisis al ofrecer un marco explicativo acerca de los comportamientos de las personas que trasciende las circunstancias particulares de la interacción, para referirse más bien “al marco cultural y a las estructuras sociales más amplias como, por ejemplo, las estructuras de poder y de subordinación” (Araya, 2002, p. 9). Esta afirmación de Araya refuerza la

posición de Bourdieu (2001), quien dice que la conformación de representaciones heterogéneas refleja de algún modo la desigual distribución del poder en la sociedad; precisamente esa desigualdad es notable en el problema de la pobreza y es en buena medida lo que la investigación que dio pie a este artículo buscó evidenciar.

El estudio llevado a cabo en la localidad de Ciudad Bolívar contempló cuatro conceptos primordiales que explican la articulación de la ruta teórica que siguió la investigación. Estos conceptos son: 1) representaciones sociales sobre la pobreza; 2) estrategias de enfrentamiento de la pobreza; 3) estrategias de superación de la pobreza, y 4) expectativas y evaluaciones sobre la intervención social gubernamental sobre la pobreza.

Representaciones sociales sobre la pobreza

A la postre de las definiciones sobre la pobreza de carácter religioso y moral de la cristiandad que predominaron durante muchos siglos en Occidente, hoy en día puede reconocerse que la pobreza solo resultó ser un objeto de discurso ampliamente difundido, sistematizado, discutido y fuertemente instalado en el mundo académico en la segunda mitad del siglo XX gracias a los debates ideológicos y políticos propuestos en su mayoría por corrientes de corte socialista, dispuestas a reivindicar amplios sectores sociales marginados o excluidos en los contextos fuertemente influenciados por el capitalismo moderno.

En la actualidad, el concepto de pobreza tiene diferentes acepciones que son el resultado de discursos contruidos, promovidos, difundidos, instrumentalizados y transformados en diferentes contextos socioculturales, políticos y académicos, en los cuales han incidido diversas ideologías, creencias, experiencias, conocimientos, intereses y juicios de valor.

De lo encontrado en la realización del estado del arte sobre la pobreza, puede decirse con Spicker (2009), que en la cultura occidental ella ha sido conceptualizada a lo largo de un matiz de posibilidades que van desde las concepciones de la

pobreza como carencia de recursos o insuficiencia de ingresos en el marco de las economías capitalistas y de libre mercado, por un lado, y como un acceso nulo, limitado o deficiente a la satisfacción de necesidades, al ejercicio de derechos y a la calidad de vida de las personas, por otro lado, lo que se constituye en los fundamentos del Estado de bienestar. Cabe advertir que no se trata de polos totalmente opuestos en las diferentes definiciones predominantes, sino que unas y otras hacen énfasis distinto en algunos elementos, asumiendo en muchas oportunidades características de una y otra tendencia.

Muchos académicos y políticos alrededor del mundo han buscado unificar criterios sobre qué es la pobreza, pretendiendo organizar el conocimiento y utilizar un mismo lenguaje, quizá para facilitar la comunicación entre científicos y para ordenar y evaluar de manera similar las intervenciones sociales a lo largo y ancho del globo terráqueo. Sus pretensiones no han facilitado el acercamiento al lenguaje y el sentido común de quienes no son científicos ni hacen parte del Gobierno ni realizan las intervenciones sociales.

Parece claro que el enfoque universalista de definición de la pobreza, del cual nos ilustra Paul Spicker, tiende a homogenizar la mirada sobre la humanidad bajo las premisas del desarrollo y el progreso, conceptos de un discurso hegemónico que sostiene un modo de pensar la vida y el cual fundamenta a la intervención social. Estos mismos conceptos derivan en la clasificación de las poblaciones humanas en categorías cerradas de las cuales no se pueden desprender fácilmente (pobres-ricos, estratos y clases sociales) y que son determinantes en la conformación de identidades, en la existencia de estereotipos y prejuicios, incluso en las posibilidades y oportunidades concretas que tienen las personas para ser, hacer, tener y, sobre todo, para poder, específicamente, transformar su propia realidad.

Pretender una definición universal sobre la pobreza es un intento por simplificar una realidad compleja, que se manifiesta y define de diferentes maneras según las culturas y las circunstancias; que está llena de formas de ser, de pensarse y

pensar a los otros; que tiene agravantes y atenuantes, constantes y variables, lo mismo que presenta elementos, factores y situaciones históricas y temporales; que depende de aspectos estructurales de tipo ideológico, que se manifiesta en un contexto según las formas de administrar los territorios y de normalizar las relaciones, y que depende del carácter de las personas y sus capacidades concretas (físicas, mentales, espirituales), lo mismo que de sus idealizaciones, de sus objetivos; de las oportunidades y recursos que le ofrecen el medio social y el medio ambiente, etc.

Cuando hablamos de pobreza necesariamente nos encontramos enmarcados en el tema de la desigualdad social desde donde la pobreza adquiere una significación concreta, una desigualdad que nos lleva a remitirnos a la existencia de conflictos personales y sociales frente a las situaciones vividas por los seres humanos, y que son objeto de representaciones sociales.

Teniendo en cuenta que lo que hace a algo un objeto social no son los atributos o fenómenos inherentes a dicho objeto, sino la relación que la gente mantiene con ese objeto, podemos decir que la pobreza es un objeto social central en nuestra sociedad sobre el cual existen representaciones sociales susceptibles de una sistematización e interpretación.

Irene Vasilachis de Gialdino expone que las representaciones sociales sobre la pobreza dependen básicamente de la posición desde la cual se ubica quien la defina, ya sea como sometido a la condición de pobre o como asumiendo una distancia que dispone una diferenciación determinante en el juego de relaciones que se dan entre los sujetos que intentan conocer o conocen de hecho el problema a partir de sus propias vivencias y aquellos que buscan conocerla como observadores externos de la situación. Según uno u otro lugar o la postura asumida, se determinarán relaciones de jerarquía que predisponen una forma de relación donde lo diferente tiende a excluirse o se minusvalora. Para Vasilachis de Gialdino, la manera de prevenir estas exclusiones es que las acciones del Estado y la sociedad en general reconozcan las representaciones sociales de la pobreza

que tienen las comunidades denominadas pobres, si lo que se pretende es garantizar cambios profundos para erradicar el fenómeno. Ello implicará asumir unas relaciones de horizontalidad en las que la igualdad se convierta en principio fundamental para el proceso de conocimiento.

A propósito de los resultados del estudio, conviene tratar de contestar la pregunta ¿De qué modo se puede considerar que lo que expresaron las cuatro familias indagadas son representaciones sociales sobre la pobreza?

No es porque las cuatro familias piensen o sepan cosas parecidas acerca de la pobreza; aunque hasta ciertamente pueden ser reconocidos elementos en común entre sus manifestaciones, hay ideas y reflexiones que se diferencian. Tampoco son representaciones sociales en el sentido de que expresan contenidos de conocimiento de un grupo reflexivo, ya que las cuatro familias consideradas en este estudio no se conocen entre sí, apenas unas se distinguen de vista, y menos aún tienen algún tipo de vínculo consciente. También hay que tener en cuenta que ninguna de las cuatro familias comparte el hecho de sentirse pobre, unas ni siquiera se autocategorizan pobres y las que lo hacen tienen criterios distintos para denominarse a sí mismas como “pobres”. De acuerdo con lo expresado en páginas anteriores respecto a la relación de las representaciones sociales con la categorización social, las personas de estas cuatro familias más bien hacen parte de un grupo nominal: el de las personas pobres distinguidas por un sistema de estratificación formal del Estado, que las ubica en el estrato I, denominadas pobres por una categorización social que establece que personas que viven en Ciudad Bolívar son pobres, el cual es bastante compartido en nuestra sociedad. Es decir, en Bogotá hay una representación social sobre las personas que viven en Ciudad Bolívar como personas pobres, que personas como Patricia, una de las entrevistadas, asumen como cierto y algo que conforma su propia identidad: “Vivo en Ciudad Bolívar: soy pobre”.

Las razones por las cuales se pueden considerar representaciones sociales sobre la pobreza las afirmaciones que sobre el tema hicieron los su-

jetos en las entrevistas reportadas por el estudio en cuestión tienen que ver con que los conceptos que ellos y ellas tienen acerca de la pobreza no son producto de construcciones recientes ni meramente personales (porque hayan sido de su descubrimiento o producto de una invención propia). Los contenidos de las respuestas dadas por las personas consultadas para este estudio pueden ser considerados como representaciones sociales porque se refieren a contenidos de conocimiento sobre un tema para nada nuevo en la sociedad como es el de la pobreza y, sobre todo, porque implican toda una teoría implícita sobre la definición de la pobreza y sus causas, que derivan en formas de ver la sociedad en la que se encuentran, en categorizaciones sociales y una autocategorización en la que basan su identidad social.

La pobreza, según Tania y Manuel, se define por la falta de alimentos, la carencia de un lugar donde vivir o tener uno precisamente como el que ellos tienen, hecho de materiales precarios. Nubia reafirma que la pobreza es no tener algo para darles de comer a sus hijos.

La pareja identifica una sola categoría de *pobres* que se compone básicamente de tres subcategorías, las cuales delimitan al mismo tiempo niveles de pobreza. La primera corresponde a los que no tienen un techo para vivir y duermen debajo de los puentes o en la calle; además pasan hambre y tienen que recoger alimentos de la basura. Allí clasifican a las personas que de un momento a otro perdieron su vivienda y se quedaron en la calle sin nada que comer, como los damnificados de los terremotos de Haití y Chile (en 2010). La segunda subcategoría está compuesta por las personas que, como ellos, viven en tugurios y en lotes de invasión y que por lo menos consiguen aunque sea para una comida diaria. Y la tercera subcategoría son los menos pobres, que habitan una vivienda de mayor calidad que la suya, es decir, hecha de cemento, ladrillos y con cimientos sólidos y aunque también pasan necesidades, no son tan agudas como las de los que no tienen un hogar fijo o tienen una casa precaria.

La madre de Manuel dice que ninguno de los que se encuentra con ella en esta entrevista es po-

bre, porque siempre consiguen para comer, nunca padecen de hambre, tienen salud para poder trabajar y una casa donde vivir, así sea un rancho, por el que no pagan arriendo, y no tienen que estar siendo molestados por un arrendador, ni estar mendigando por comida donde los vecinos.

Para estas personas que participan en esta entrevista, la categoría social que se contrapone a la de *pobres* es la de *ricos*. Para ellas la mayoría de los “ricos” se caracterizan por humillar a los “pobres”, y los “ricos” que emplean a “pobres” se destacan por querer aprovechar de ellos, por ejemplo, negándoles pagar su salario en algún trabajo para el cual los hayan contratado o pagándoles mucho menos de lo que realmente se merecerían por sus labores. Por ello Manuel dice que hay que buscar contratos con patrones cumplidores.

Los entrevistados aseguran que los “ricos” tienen muchos prejuicios por los cuales discriminan a los “pobres”. Por ejemplo, que la gente “rica” piensa que los “pobres” son los culpables de su propia pobreza, que los pobres se lo buscaron porque simplemente “quieren ser así”. También la gente “rica” piensa, según Tania, “que si nosotros los pobres vamos a hacer un trabajo a una casa rica ya nos vamos a robar algo, porque somos pobres”.

Para Nubia, vecina y amiga de Tania, los pobres, son más caritativos, generosos o solidarios con otros pobres, que los “ricos” frente a los “pobres”. Nubia califica eso como una “buena pobreza”. Tania explica esta diferencia en cuanto a que solamente los pobres pueden comprender la situación de pobreza porque la han vivido. Según su propia experiencia, los “ricos” piensan que cuando una persona pobre pide dinero en la calle, siempre es para el consumo de drogas.

Magdalena y Juan definen pobreza en dos sentidos: pobreza material-económica y pobreza espiritual. La pobreza material económica se refiere a la escasez o carencia de recursos económicos para suplir necesidades básicas para su subsistencia, entre las cuales básicamente enuncian la vivienda y la alimentación.

[...] la carencia de ciertos aspectos en la vida social de un núcleo familiar, carencias en muchas cosas

que, pues debido a la economía, no son suplidas. Eso sería para mi pobreza.

[...] yo creo que hay varias clases de pobreza en lo material, económica y espiritual. La pobreza material es muy triste hay mucha pobreza en este país, mucha gente aguantando hambre, porque uno viviendo en estos barrios se da cuenta [...] es muy duro habernos [sic], gente que tenemos una comida, un almuerzo un desayuno y otros que no. Sí, entonces eso es pobreza. (Comunicación personal)

En cuanto a la pobreza espiritual, dicen que esta es propia de quienes son faltos de aspiraciones, tienen una visión negativa de la vida, presentan baja autoestima, malgastan el dinero en vicios, no se preocupan por el bienestar ni la unidad de sus familias y se la pasan exhibiéndose como “pobres”. Para Magdalena puede haber incluso personas con “mucho plata” que tengan “pobreza espiritual”, con lo que hace énfasis en que esa clase de pobreza no tiene que ver en realidad con la escasez de recursos económicos, sino que se trata más de un asunto moral y actitudinal frente a la vida.

[...] el problema es cuando una persona de pronto teniendo familia no mira más allá de sus narices pues por decirlo, eso es pobreza porque eso es pobreza espiritual, eso es sentirse uno menos.

[...] pobreza es como la pobreza espiritual como la persona que de pronto no se quiere así misma, que piensa que todo es un no, no y no, eso es la pobreza [...] yo creo que eso se ve hasta en los niveles más altos pienso yo, porque a veces una persona puede tenerlo todo, tener mucha plata pero le falta algo que algunas personas o algunas familias en estos estratos la tienen, que es la unión familiar que eso es mucha ganancia ya. (Comunicación personal)

Con estas dos definiciones de pobreza, la pareja compuesta por Magdalena y Juan establecía dos categorías sociales claramente definidas: los *humildes* o *carentes de recursos* y los *pobres*, nombrando a los que manifiestan pobreza espiritual.

En la categoría *humildes* o *carentes de recursos* se ubican ellos mismos por la situación en la que se encuentran (no tienen vivienda propia, no po-

seen trabajos bien remunerados ni estables, los recursos que consiguen no son suficientes para sostener todas las necesidades de su familia, incluyendo la alimentación). Sin embargo, como Magdalena lo dice, viven felices, ya que siguen fuertemente unidos como familia. Para ser felices no necesitan de lujos y es en ello donde se funda su humildad.

[...] materialmente pues sí, no tanto como pobre que no tengamos nada una vivienda o una profesión, más que pobres somos humildes. [...] no tenemos plata, no tenemos, pero somos humildes [...] nosotros nos consideramos personas humildes, con lo básico una cama, una mesa y somos felices con eso, no tenemos lujos, pero somos felices, en el sentido de que estamos nosotros como núcleo familiar. (Comunicación personal)

En la categoría *pobres*, o sea los que tienen una *pobreza espiritual*, exponen como ejemplo los casos de personas que viven en el mismo sector muy cerca de la casa en la que Magdalena, Juan y sus hijos viven en arriendo. Sin dar nombres específicos, señalan que esos “pobres” son gente que incluso muestra a propósito una apariencia sucia para recibir ayudas de personas e instituciones que, según Juan, tienen como criterio clave la suciedad para determinar que alguien es pobre.

[...] hay gente que tiene su casita de madera y todo eso, y aparentemente son muy pobres: los niños sucios, la señora sucia. Pero son personas que tienen su trabajo y todo eso, trabajos donde ganan hasta más que uno. En medio día se ganan 60, 70 y hasta 80 mil pesos, pero ¿qué pasa? Se lo gastan en trago, son personas que no les importa nada su familia ni nada y viven así, en una completa miseria. Entonces vienen y los ven y dicen, estos si son pobres. (Comunicación personal)

Es por ello que la palabra “pobre” tiene para Magdalena y Juan una connotación peyorativa, y se oponen a ser denominados y autodenominarse “pobres” porque con ello verían rebajada su dignidad y su autoestima.

En contraposición con las categorías *pobres* y *humildes* o *carentes de recursos*, Magdalena y Juan nombran la categoría social *ricos*, que son aquellos

que básicamente contaron con la suerte de haber nacido en familias prestantes y que por ello pueden estudiar carreras profesionales, con lo cual están en capacidad de seguir aumentando sus recursos económicos. Entre los “ricos” plantean tres subcategorías, definidas de la siguiente forma:

La primera subcategoría de *ricos* no tiene un nombre específico, pero está conformada por aquellos que contando con muchos recursos económicos no se solidarizan con las personas en situación de pobreza, que en vez de ello tienden a humillarlos, a criticarlos, a ser prejuiciosos y a veces se muestran indiferentes a su presencia, que piensan que las personas en situación de pobreza se prestan para cualquier cosa por pura necesidad. En resumidas cuentas, se trata de los “ricos” que tratan con desprecio a las personas en situación de pobreza y las consideran por debajo de su nivel, por lo cual no les dan el respeto que se merecen como seres humanos que también son:

[...] lo miran a uno ahí, ni siquiera un saludo. Si con las viejas se da cuenta uno que no es nada y lo he escuchado de muchas ingenieras y todo, que los pobres los que trabajan en construcción son delincuentes, todos han pasado por una cárcel, somos de lo peor. No digo que todos, pero si la mayoría tienen una mala visión de nosotros. (Comunicación personal)

La subcategoría *oligarcas*, como la menciona específicamente Juan, clasifica a los más ricos entre los ricos, quienes toman las decisiones trascendentales sobre la economía, por ejemplo, el aumento del salario mínimo. Explica Juan que como no tienen un conocimiento de qué es la pobreza no actúan como debieran para ayudar a las personas de más bajos recursos. Además, presentan las mismas características de la primera subcategoría.

[...] los oligarcas, los ricos son los que se llevan toda la mejor parte y el pobre, pues nada, ¡sí! Nosotros llevamos la peor parte, el pobre. Y a raíz de todo eso viene la pobreza. Por ejemplo, en el aumento del salario mínimo porque a ellos les parece mucho un dos, tres por ciento, ¡no!, eso no es suficiente porque si ellos vivieran, se metieran más en la vida de estos barrios y se dieran cuenta de que las cosas no son así. (Comunicación personal)

Aunque pueden distinguirse entre ellos a los “buenos empresarios”, que según Magdalena son los que de repente quisieran ayudar a los más necesitados. De esta aclaración surge entonces la tercera subcategoría de ricos que corresponde a los que sí se interesan por las personas en situación de pobreza y aunque sea de vez en cuando se preocupan por ayudarlas. Son ricos que respetan e incluso dan afecto a las personas en situación de pobreza:

[...] gracias a Dios he dado con gente muy, muy, muy linda, o sea, gente que yo conozco que han nacido en cuna de oro, que es el dicho ¿no?, han nacido muy bien y que tienen sus comodidades y todo y están muy bien, me ha ido bien. (Comunicación personal)

Esto lo dice Magdalena en relación con sus experiencias de trabajo en casas de familias en condiciones socioeconómicas mucho más favorables que las de su propio hogar.

Estas tres subcategorías las han reelaborado básicamente desde su propia experiencia, a veces negativa y otras veces positiva, en los trabajos que han desempeñado a lo largo de sus vidas.

Para Juan, todas las personas particulares que llevan donaciones de mercados a su sector son personas “ricas”, pero no especifica de que subcategoría se trata, aunque se podría pensar que es a la que tiene más connotaciones positivas para la pareja. Sin embargo, él critica a estas personas porque dice que solo se acuerdan de quienes están en situación de pobreza en época de Navidad y le dan mercados u otros tipos de donaciones a la gente que más exhibe la pobreza, no precisamente al quien de verdad necesita y se preocupa por mantener valores positivos.

Patricia define la pobreza como falta de posesiones, por ejemplo, de una vivienda propia, insuficiencia de ingresos económicos y falta de trabajo como principal fuente de recursos monetarios.

La definición de pobreza de Patricia está determinada por la tenencia y el tipo de vivienda, lo mismo que por la situación laboral de los responsables del hogar. De esos mismos criterios dependen cuatro subcategorías de pobres, las cuales

podrían ser consideradas como los niveles de pobreza que ella misma establece del siguiente modo:

Los que viven en la calle y los recicladores: Son los más pobres entre los pobres: “la gente del Cartucho porque no tienen a nadie, están solos, están vagando en la calle, no tienen donde estar, más pobres de los pobres son ellos.

Los que viven en un ranchito o arrimados donde familiares: En esa categoría ubica a su familia porque viven “arrimados” en una piecita en la casa de la suegra de Patricia.

Los que tienen empleo, pero apenas les alcanza para subsistir.

Los que tienen casa propia y tienen empleo o un negocio propio, aunque sea de bajos ingresos [pone de ejemplo al presidente de la Junta de Acción Comunal del barrio donde ella vive]. (Comunicación personal)

La autocategorización de Patricia y la categorización de su familia en una de las subcategorías que ella concibe dependen, en gran medida, del hecho de establecer una comparación con sus tres hermanos, que son mayores que ella:

[...] soy la única que no tengo casa, o sea, vivo como de arrimada. En cambio, mis hermanos tienen su casita propia. Ellos son pobres, pero pobre, pobre, no. Por eso digo que la más pobre soy yo, pues porque si yo tuviera mi casa, digo “Ay, bueno”. Mis hermanos, cada uno tiene su casita, pues también se friegan trabajando, pero pues tienen su hogar, o sea, su casa. Mis padres tienen su casa, la única que no tiene soy yo. Yo no sé si algún día voy a tenerla. (Comunicación personal)

Patricia define a Ciudad Bolívar como un lugar donde todos son “igual de pobres”, a pesar de haber establecido las subcategorías ya señaladas.

Según Patricia, ya no son pobres las personas que pertenecen a los estratos 3 y en adelante; solamente los de estrato 1 y 2 son pobres.

De estrato tres para arriba, ellos ya no son pobres, ellos ya tienen más comodidad, en cambio los de

dos para abajo ya son pobres. [...] tienen su buena casa, tienen de pronto su carrito, que son universitarios. Por ejemplo, usted no es tan pobre, a eso me refiero. (Comunicación personal)

Se nota cómo ha asumido de alguna manera la categorización formal u oficial de estratos socioeconómicos definidos por el Estado para referirse a quienes no son pobres, que para ella son los de estratos 3 en adelante.

Patricia se define a sí misma y a su familia como pobre y dice no sentirse afectada porque otras personas la tengan clasificada de esa manera, porque de todas formas es la verdad, ella es pobre, así lo reconoce. Aclara que es pobre, pero honrada, porque para conseguir lo que necesita para su subsistencia y la de su hogar, ella se dedica a trabajar y no a hacerle daño a nadie, como sí lo hacen otras personas que también viven en su mismo sector.

Según Patricia, las personas que no son pobres categorizan a los pobres según ciertos rasgos relacionados con la forma de vestir, de expresarse y de hablar. La falta de estudio de una persona pobre se refleja en su forma de hablar, lo cual es criterio suficiente para que los no pobres definan quién sí lo es.

Para Mónica, pobreza simplemente significa “carecer de recursos económicos” y es un fenómeno que implica principalmente una mentalidad de pobreza.

En la entrevista con Mónica y Ernesto, se hacen notables las siguientes subcategorías de *pobres*: Los *pobres carentes de recursos*, que se esfuerzan por salir adelante y los pobres, no precisamente carentes de recursos, sino más bien *con mentalidad de pobreza*. Son personas que se caracterizan por no tener aspiraciones para sus vidas, que no se valoran, que no cuidan su aspecto físico, que no procuran la limpieza de su casa ni la unión de su familia, que no aprovechan las oportunidades que el contexto les brinda, que no se ponen metas y, en definitiva, que no se preocupan por salir adelante:

[...] la gente se niega a progresar, la gente se niega a salir adelante, la gente se niega posibilidades de surgir, simplemente dicen que porque ellos son...

dicen: “Soy pobre, por ser pobre no puedo”. Cuánta gente ve usted que es pobre y es cochina, que ni se baña, que ni arregla esa casa; viven mejor dicho, porque son pobres. Y la pobreza y la suciedad no tienen por qué ir de la mano, no tienen que ir juntas. Una cosa es ser pobre y otra cosa es ser cochino. Y así viven muchas, en muchas cosas de la vida. Hay muchos papás que yo los he escuchado decir -¿Pero usted para qué estudia si usted nunca va a poder ir a una universidad, nunca va a poder ser nada? Entonces ¿para qué estudia? Entonces ellos mismos desde su perspectiva de vida se van dañando las oportunidades y se van dañando la mente y no aspiran a nada, se niegan las oportunidades que tienen, que la misma vida les brinda. (Comunicación personal)

Precisamente, ese tipo de “pobreza de mentalidad” fue el modelo de vida que Mónica vio en su madre y del que ella siempre se ha querido alejar: “no quiero tener esa mentalidad de pobre y quedarme así como lo hizo mi mamá toda la vida”.

Para la pareja, la categoría opuesta a *pobres* es *ricos*. Los “ricos” son las personas que tienen muy buenos recursos económicos, que les brindan la posibilidad de acceso a muchas cosas a las que los “pobres” no pueden acceder: “[...] los hijos de ellos tienen un buen estudio porque van a un buen colegio, viven en buenos barrios, nunca han carecido de nada. En cambio, en estos barrios la gente si ha carecido de muchos recursos” (comunicación personal).

Sin embargo, *ricos* no es una categoría inalcanzable para ellos, pues tener mejores recursos es una posibilidad para Mónica y Ernesto, y aseguran que lograrlo depende de sus propios esfuerzos.

Mónica y Ernesto no se sienten pobres, en absoluto. Tampoco se sienten ubicados en ninguna categoría de forma estacionaria, más bien sienten que se hallan en una especie de transición en la que van logrando metas que cada vez los pone en un nivel superior y los aleja del estado con el que definen la pobreza como carencia de recursos y en el que alguna vez estuvieron cuando eran niños e incluso jóvenes. Desde que unieron sus vidas, la pareja y la familia se ha mantenido en esa línea constante de progreso que, ellos aseguran, nunca

va a tener fin porque se tendrá que reproducir en los hijos de sus hijos y por más generaciones. Por esta razón, tampoco podrían autocategorizarse como los pobres sin aspiraciones en la vida porque precisamente eso es lo que demuestran tener con sus ideas, pero aún más con su trabajo y sus esfuerzos personales y mancomunados.

Basta ver las similitudes de los conceptos y definiciones de las personas entrevistadas en Ciudad Bolívar con los que se extienden en otras latitudes y continentes del mundo, igual que respecto a lugares diversos en la misma geografía colombiana. Sus conceptos sobre la pobreza tienen raíces históricas comunes de larga data, ya que la pobreza no es ningún objeto social novedoso en la historia humana. Incluso se podría decir que en cada nación del mundo, por lo menos alguna vez, la pobreza ha estado presente y ha afectado a muchas personas. Como se vio en cada una de las historias, estas personas no viven una situación de pobreza como resultado de un proceso personal de empobrecimiento, “no cayeron en desgracia”, como se suele decir. Proceden precisamente de familias pobres, han conocido la pobreza desde que eran niños, aparte de que han oído hablar de ella han tenido que soportar situaciones de carencia de distinta índole, es decir, tienen una experiencia concreta que constituye parte de su saber junto con todo el conocimiento que han podido compartir con otras personas en situación de pobreza en su contexto social próximo.

Estos contenidos de conocimiento manifiestos por los entrevistados son el resultado de aprendizajes y construcciones logrados en procesos de comunicación dados en su entorno social a lo largo de su trayecto vital, que se han complementado, contrastado y verificado en su experiencia concreta viviendo en situación de pobreza. Lo que han dicho los entrevistados acerca de la pobreza es reflejo del gran bagaje o *background* de conocimiento acerca de la pobreza existente en la sociedad, compuesto por conceptos complementarios, contradictorios y otros que se refuerzan entre sí, y que incluso recrean y adoptan de las formalidades que diversas instituciones sociales crean para definir qué es y qué no es pobreza.

A la pobreza estas familias asocian ciertos modo de expresión y reproducción de condiciones materiales, espirituales, morales, actitudinales, comunicativas y emocionales en la vida de las personas y grupos categorizados y autocategorizados como pobres, condiciones que al ser compartidas por varias personas y grupos humanos posibilitan elaboraciones cognitivas respecto al hecho de “ser pobre”, de “vivir en la pobreza” o de “salir de la pobreza”, que en muchos puntos son comunes entre las personas denominadas pobres y que guardan relación con discursos hegemónicos en la sociedad. Por ello también es posible hablar de representaciones sociales de la pobreza de las personas denominadas pobres y dichas representaciones sociales son capaces de ser distinguidas, descritas y explicadas.

¿En qué condiciones han sido creadas o apropiadas las representaciones sociales sobre la pobreza en cada familia? Esto se puede contestar de manera muy general, y encontramos la respuesta al contemplar las situaciones comunes que presentan los cuatro casos analizados. Para ello, habría que nombrar el tipo de factores que inciden en la adopción de representaciones sociales sobre la pobreza. Dichos factores pueden ser, sin establecer un orden jerárquico ni de cualquier otro tipo, los siguientes:

- Origen e historia familiar.
- Nivel educativo y contenidos que le han sido inculcados en el proceso educativo formal e informal por el que hayan pasado o estén pasando.
- Valores que les han sido inculcados en diferentes escenarios sociales y que han sido puestos en práctica, sobre todo los que se transmiten en el entorno familiar, primer y principal espacio de socialización, como se observa en cada uno de los casos analizados.
- Factores emocionales.
- Autoestima, personalidad y carácter.
- Evidencias en la experiencia real y concreta sobre cómo es vivir la pobreza y cómo es posible distinguir a las personas pobres de las que no lo son.

- Relación o contacto con exogrupos de mayor o menor nivel en la escala socioeconómica vigente e imperante.
- Experiencia laboral y, en general, en la consecución de recursos económicos.
- Acceso eventual o continuo a fuentes de información endogrupales reforzantes (que refuerzan representaciones previas) o exogrupales contradictorias (que contradicen representaciones previas).

Para las cuatro familias consultadas, siempre se puede estar en una situación mucho peor que las que ellas presentan. Llama la atención el caso de Tania y Manuel, quienes a pesar de sus condiciones paupérrimas de vida creen que no son los más pobres, sino que los más pobres definitivamente son los que no tienen una casa para dormir y viven en la calle.

Estas consideraciones tan “finas” o tan minúsculas sobre quienes son más pobres parecen tender a perderse para los observadores externos a la realidad de la pobreza, porque desde afuera, como ocurre cuando se habla de Ciudad Bolívar, todos sus habitantes pueden ser señalados como pobres de manera homogénea, pero a la gente que vive en un mismo sector le es posible distinguir quiénes están en mejor, en peor o en igual condición de pobreza.

Por otra parte, las cuatro familias, a pesar de ciertas variaciones destacables, determinan que los ricos son una categoría social que está en mejores condiciones socioeconómicas en la escala social, están en la punta, como en el “polo superior” de la escala social.

Se aprecian actitudes de resentimiento respecto a los ricos en todas las familias, pero tienden a ser menos agudas en el caso de la familia de Mónica y Ernesto, lo que puede explicarse con el hecho de que esta pareja siente que la riqueza es un punto al que puedan estar acercándose cuando consideran posible saltar peldaños en la escala social como producto de sus aspiraciones, planes y estrategias de superación de la pobreza. Mientras tanto, las otras tres familias expresan consideraciones negativas acerca de los ricos, al argumen-

tar experiencias negativas de discriminación e irrespeto sentidas desde personas en mejor situación socioeconómica. Pero esto también puede corresponder a la necesidad de preservar de algún modo su autoestima en un juego de oposiciones en el que menosprecian al exogrupo “más favorecido” de la escala social y destacan su posición social resignificando su situación de pobreza mediante la valoración positiva de elementos como la honradez y la unidad familiar que preservan en sus propias familias. Este mismo juego de oposición se hace hacia abajo, es decir, ubican a otras personas por debajo de su estatus y las juzgan de manera negativa, ya sea por acusaciones de falta de autoestima, deshonestidad, aprovechamiento de su situación de pobreza para sacar ventajas de las ayudas que brinda el sector público asistencial, entre otras actitudes que afirman deplorar y que por sobre todo señalan no poseer: siempre es posible caer más bajo y su pobreza no les implica hacerlo porque tienen unos principios morales a los cuales se aferran y les hacen sobrellevar la carga de su propia pobreza.

Con respecto a los ricos también es notable en cada una de las familias un cierto lugar a la predestinación que ha puesto a los ricos en el lugar en el que están y a los pobres en el sitio opuesto. En otras palabras, se puede apreciar que las personas entrevistadas señalan, cada una a su manera, que una especie de suerte ha jugado a favor de unas personas y en contra de otras para que en la sociedad existan pobres y ricos. Esto es más claro en la posición de la madre de Manuel (caso Tania y Manuel), quien dice incluso que ha sido Dios quien ha escogido quiénes serán los pobres y quiénes los ricos, y que la condición de pobreza es algo heredado.

Magdalena y Juan matizan un poco esta cuestión de suerte o destino de pobreza y riqueza. Aunque hablan de los que nacieron en “cuna de oro” para hablar de los afortunados ricos, tienen claro que puede haber casos, excepcionales eso sí en correspondencia con el azar, en que siendo pobres pueden llegar a ser ricos y en los que siendo ricos pueden caer en la desgracia. Por otra parte, lamentan su destino, Magdalena realza las

cualidades de su esposo como si dijera ¿por qué si él es tan buen padre y esposo le toca pasar por esto? Del mismo parece preguntarse: ¿por qué si mi familia es tan buena, tan unida, tan honesta, tan limpia en lo moral y en su apariencia física tiene que padecer esta situación, siendo que hay personas que no se quieren, que andan pregonando su pobreza y son deshonestas, pero viven mejor que nosotros? En el caso de esta pareja queda la impresión de que están esperando el golpe de suerte para salir de la pobreza: la casa que algún día les será donada, el trabajo ideal para Juan, la oportunidad de estudiar una carrera profesional, etcétera, todo ello como si viniera traído por una fuerza por fuera de su propio control. En este caso en particular, la situación extrema por la que pasan que incluye las enfermedades crónicas de algunos de sus miembros, los gastos que ello implica, sumados a lo extenso del núcleo familiar, parecen ser factores que los arrinconan en un callejón sin salida. Esto hace comprensible reconocer que con sus meros esfuerzos no pueden, que por eso la “esperanza es lo último que se pierde”, como dice Magdalena, que quizá una buena estrella algún día les alumbrará la vida. Mientras tanto, se aferran al salvavidas que constituye el comedor comunitario, los almuerzos que por cuenta de él hacen parte de sus activos fijos, quizá los únicos activos materiales que sienten garantizados, pues cumplen sobradamente con criterios de vulnerabilidad para seguirlos siendo usuarios de dicha intervención.

Que las representaciones sociales acerca de la pobreza presenten matices entre las parejas entrevistadas, pese a que hagan parte de un mismo espacio geográfico o territorio donde se desarrolla gran parte de su vida y se establecen ciertos tipos de intercambio, se puede explicar con los referentes sociales de cada familia que demuestran que se puede o no salir de la pobreza (o superar su condición) y las posibilidades concretas percibidas como al alcance de sus manos.

Los contactos e intercambios establecidos con otros sectores poblacionales que podrían ser catalogados como menos pobres, no pobres o mejor situados en la escala socioeconómica, sobre todo

cuando estos resultan influyendo en las expectativas de las familias pobres, al mostrarles que vivir en mejores condiciones es posible, y cuando dichos referentes son motivo de respeto, e incluso constituyen afectos positivos, resultan influyentes. Es el caso de Mónica, quien sobre todo ahora, con su trabajo en comedores, ha podido estar en contacto con personas en instituciones formales que de alguna manera le muestran que ella puede alcanzar metas más altas. Total, no le faltan las manos o los pies, está con sus cinco sentidos, se reconoce inteligente, que aprende con facilidad, que tiene un esposo que la apoya; ya arrancó la carrera y no piensa frenar porque sería echar para atrás y no está dispuesta a ello. Mientras tanto, las otras familias nunca han tenido esos referentes, o el contacto con dichas realidades ha sido superficial o han traído consigo malas experiencias (como humillaciones y maltratos de los “ricos” hacia los “pobres”), por lo cual se convierten más bien en referentes negativos o menospreciados para sus propias vidas: ¿para qué ser ricos si los ricos no son humildes, si los ricos desprecian a los pobres?, ¿para qué ser ricos si los ricos no se solidarizan con la pobreza, si los ricos se quieren llenar los bolsillos a costa de los más pobres, de quienes se aprovechan?

Lo anterior hace parte de la resignación de su situación de pobreza de la cual es imposible o por lo menos demasiado difícil escapar, se construye entonces una resignificación de aspectos de su vida delimitada por su situación de ser pobres, que adquiere mayor fuerza cuando las experiencias y circunstancias particulares por las que cada familia pasa y que limitan las posibilidades de cambio, movilidad o progreso (“salir de la pobreza”), una condición de predestinación, o sea, algo por fuera de su control y que solo la buena suerte o la voluntad divina pueden hacer que cambie casi que por arte de magia. En medio de las circunstancias en las que las familias de Magdalena y Juan, Patricia y Fabio, Tania y Manuel, y Nubia y Marcos, apenas tienen fuerzas que los sostienen con vida como para ponerse a imaginar que pueden alistarse para una carrera en la que seguramente no podrán salir vencedores dadas sus escasas capacidades. Estas cuatro familias no

pueden en dichas circunstancias darse el lujo de decir “no queremos seguir en comedores” o “no aceptamos el subsidio de Familias en Acción”, pero Mónica y Ernesto ya traspasaron la frontera, superaron la barrera, dejaron el comedor comunitario y cuando el programa de Familias en Acción llegó a las puertas de su casa pudieron expresar triunfantes “no lo necesito”, porque por sus propios medios sintieron, como nunca antes, que podían sostenerse.

Estrategias de enfrentamiento de la pobreza

Pese a que las familias denominadas pobres padecen una serie de carencias que no les permiten solventar de manera adecuada todas sus necesidades, se observa que de todas maneras logran mantenerse con vida, aunque no sea en las condiciones más deseables para ellos ni para la sociedad. Para nombrar esta situación, proponemos la categoría *estrategia de enfrentamiento de la pobreza*, que incluye todas las acciones que las personas realizan para resistir, afrontar y por lo menos sobrevivir en medio de sus carencias y necesidades no satisfechas.

Es posible ver cómo después de cuatro décadas del estudio de Adler de Lomnitz, muchos de los mecanismos o estrategias de sobrevivencia identificadas por esta autora se mantienen como un hecho palpable en las poblaciones marginadas y pobres de grandes ciudades como Bogotá. Sin embargo, también se atestigua un individualismo en crecimiento, favorecido por la sociedad de consumo, el cual limita las posibilidades de integración comunitaria y destruye lazos de solidaridad permanentes e incluso con tendencia a deteriorar la unidad de muchas familias; sin embargo, como se verá, no es el caso de las que en este estudio están representadas. Al respecto, Zygmunt Bauman (2000), con su estilo crudo y metafórico, dice:

En estos días, los pobres no unen sus sufrimientos en una causa común. Cada consumidor expulsado del mercado lame su herida en soledad; en el mejor

de los casos, en compañía de su familia, si esta no se ha quebrado todavía (p. 143)⁵

Estrategias para la superación de la pobreza

A partir de los desarrollos de la psicología social sobre el tema de las relaciones entre grupos, en especial los llevados a cabo por Henry Tajfel a finales de la década de los setenta, se encontraron creencias de movilidad social que hacen relación a aquellas ideas que hacen sentir a las personas que pueden ascender en la escala social, llevándolas a identificarse con grupos mejor valorados, lo que les confiere una identidad social positiva. Opuestas a las creencias de movilidad social se encuentran las creencias del cambio social que el mismo Tajfel definió como aquellas creencias propias de personas que consideran imposible pasar individualmente de un grupo a otro por cuenta de su exclusivo esfuerzo, quienes consideran que la única posibilidad de su ascenso radica en que todo el grupo social al que se pertenece efectivamente cambie de posición (Tajfel, 1978, citado por Morales, 1994).

Irene Vasilachis de Gialdino (2003) encontró que las personas entrevistadas en Buenos Aires para su investigación recurrían continuamente al término “salir de la pobreza” para identificar las aspiraciones y las acciones llevadas a cabo por ellas para superar las condiciones carenciales en las que se encontraban.

En el estudio se habla entonces de unas *estrategias para la superación de la pobreza*, las cuales aluden a todas las acciones emprendidas por las personas en situación de pobreza que llevan a cabo de acuerdo con un plan o proyecto, implícito o explícito, con el fin de salir de la pobreza

y ascender socialmente, y que tienen como base unas aspiraciones específicas hacia las cuales dirigen sus esfuerzos y a partir de estas evalúan el resultado de los mismos.

Expectativas y evaluaciones sobre la intervención social gubernamental sobre la pobreza

La intervención social, como señala Ruiz Ballesteros, es uno de los ámbitos y una de las acciones propias del Estado moderno, que de una u otra manera integran a grandes grupos poblacionales. Como tal, generan reacciones y opiniones diversas en todos los actores participantes de ella, dentro de los cuales los sujetos y las comunidades intervenidas no constituyen la excepción. Frente a las problemáticas existentes en las sociedades actuales existen ideas sobre cuál es el papel de los Gobiernos en la solución de estas y se ciernen expectativas respecto al accionar del Estado. En este estudio, se denominan *expectativas sobre la intervención social gubernamental* a todas aquellas expresiones de los sujetos en situación de pobreza que definen cuál es la responsabilidad y las tareas que deben emprender los Gobiernos para resolver el problema de la pobreza, y en torno a lo cual se construyen evaluaciones respecto a las acciones llevadas a cabo por los Gobiernos para contrarrestar o erradicar dicha problemática.

En la investigación realizada, se apuntó a verificar cómo es que las personas en situación de pobreza, sobre las cuales existe alguna incidencia por parte de las intervenciones sociales gubernamentales, realizan evaluaciones acerca de los alcances de dichas intervenciones, basándose en sus representaciones sociales sobre la pobreza (que relacionan definiciones y explicaciones sobre el fenómeno), en combinación con sus estrategias para afrontar de la pobreza y sus estrategias

5 Más adelante, en el mismo libro dice Bauman (2000) algo más acerca de las implicaciones del mercado actual, contrarias a la integración comunitaria: “La ética del trabajo coincidió con esa discriminación concentrada y no objetada: quedarse fuera del mercado laboral, realizando tareas invendibles y no vendidas, significó, en la lengua de la ética del trabajo, estar desempleado [...] Las consecuencias de lo anterior son, en muchos sentidos, desastrosas. Contribuyen a la disolución, gradual pero implacable, de la comunidad y los lazos barriales, de la ‘cohesión social’ cuyo mantenimiento requiere tiempo, trabajo y dedicación. Dejan huellas profundas y, en general, negativas en la estructura y viabilidad de las familias. Erosionan gravemente el suelo en que se arraigan las relaciones humanas y todo vínculo moral entre las personas. [...] Ese daño no puede ser reparado ni compensado por las ofertas del mercado, ni por el crecimiento en la capacidad de consumo, ni por el sesudo asesoramiento del mejor consejero” (p. 149).

para la superación de la pobreza (en caso de que estas últimas existan).

Nubia y Tania, en general, hablan muy bien del comedor comunitario y de Familias en Acción, puesto que son intervenciones de las cuales no pueden prescindir sin poner en riesgo su subsistencia.

Se lamentan de que en el comedor comunitario se hubiera acabado el programa de lombricultura que se estaba llevando a cabo cuando estaba el primer inclusor social, quien escribe este informe. El Jardín Botánico recogió todas las lombrices, y se las llevaron incluso en las mismas canastillas que habían sido compradas con los aportes de los usuarios, y dejaron sin nada a las personas de la comunidad que por un tiempo de más de seis meses se habían esforzado tanto en cuidarlas y alimentarlas, y habían logrado aumentar el volumen inicial de producción.

Haciendo alusión al caso del hermano de Nubia, que se hizo pasar por desplazado para recibir ayuda del Gobierno, ella califica eso como injusto, porque los tramposos sí salen adelante y, en cambio, las personas honestas como ella no, y porque esas personas tramposas les están quitando la oportunidad a las que de verdad la necesitan.

Dice Manuel que si pudiera estar al frente de personas que toman grandes decisiones (económicas y políticas), les pediría que los ayudaran dándoles trabajo y un “lotecito” en un lugar más seguro que el actual, para comenzar ahora sí a construir una buena casa, porque donde están ahora no se han preocupado por construir, ya que cualquier día los pueden expulsar de ese lote.

Nubia cuenta que cuando tuvieron la inundación en 2007, vinieron personas de la Alcaldía y repartieron ayudas supuestamente entre los damnificados, pero lo que sucedió fue que mucha gente que se dio cuenta de que estaban repartiendo elementos como cobijas, colchonetas y mercados, sin ser damnificada, empezó a reclamar cosas. Incluso, cuenta Nubia, hubo gente que iba y guardaba un mercado a su casa y volvía por otro. En medio de tanto alboroto, tanta urgencia, necesidad y desorden, los funcionarios de la Alcaldía

decidieron rifar los mercados. Personas como la suegra de Nubia, o sea la mamá de Manuel, que ya se había ido para cuando Nubia estaba narrando el suceso, se quedaron con cobijas y mercado sin haber sido para nada afectadas de la tragedia. Precisamente una de las más afectadas, la familia de Nubia, no recibió el mercado. Entonces Tania, a la que sí le dieron ayudas, tuvo que regalarle cosas del mercado que recibió y prestarle cobijas a Nubia para compensar un poco la dificultad. Reclama Nubia:

¿Cómo va a hacer eso? Es lo que yo digo, si todos sufrimos lo mismo, denos a todos, así sea poquito, si, denos a todos lo mismo ¿cierto? Pero no, rifaron fue los bonos, que dieron a unos sí y a otros no. Entonces eso me dio rabia. (Comunicación personal)

Con base en todas las representaciones sociales sobre la pobreza, manifiestas por Magdalena y Juan, las cuales guardan relación con su definición de pobreza, su identidad social como “pobres materiales”; que se relacionan también con lo que ellos creen que son las causas de la pobreza y con las estrategias de enfrentamiento o de superación que asumen y las que piensan que deberían asumir, Magdalena y Juan tienen criterios suficientes para hacer unas evaluaciones concretas sobre las oportunidades que ofrecen las intervenciones sociales, en especial la de comedores comunitarios.

Teniendo en cuenta que para los entrevistados la educación es pieza fundamental de la estrategia de superación de la pobreza, Magdalena valora positivamente los avances que en materia de gratuidad educativa realizó la administración distrital en Bogotá hasta esa época (2010), pues debido a esta todos los niños y niñas de los sectores más vulnerables aseguran su acceso a la educación en colegios públicos bogotanos.

Ya que la falta de alimentos es una de las carencias que más pueden sufrir las personas en situación de pobreza, los comedores comunitarios son evaluados positivamente por la oportunidad que dan a las personas de alimentarse de forma balanceada. Así es como Magdalena y Juan consideraban una fortuna contar con la posibilidad de que sus hijos estuvieran inscritos en el comedor

comunitario Naciones Unidas desde hace casi cuatro años.

Debido a que Magdalena y Juan manifiestan que para superar la pobreza es fundamental también tener más y mejores fuentes de recursos, tienden a evaluar negativamente las intervenciones sociales porque, tal como sucede en comedores comunitarios, no les ofrecen oportunidades de capacitación en labores que les permitan insertarse más fácilmente en el mercado laboral y en las actividades más demandadas por dicho mercado. Tampoco ofrecen las herramientas mentales ni recursos básicos para el montaje de microempresas, la cual Magdalena y Juan creen que sería otra posible fuente de generación de recursos económicos.

Ya que la pobreza es algo que se vive todos los días, no consideran efectivas las manifestaciones esporádicas de generosidad y solidaridad que algunas entidades y hasta algunos particulares realizan en épocas especiales como la Navidad.

La pobreza no debe ser medida por el grado de suciedad y precariedad en la forma de vivir que muestran las personas, por ejemplo, en las condiciones locativas de la vivienda; por esto, consideran injusto que a las personas que aparentan o sobreexponen su pobreza, las instituciones y personas que entregan ayudas, les den primero a ese tipo de pobres (los espirituales, según la categoría que Magdalena y Juan utilizan) y excluyan a las personas en situación de pobreza que no se exhiben como pobres sucios y precarios, como es el caso de su propia familia.

Frente a las intervenciones sociales, sugieren que estas hagan más estudios que profundicen en la realidad de la pobreza, que se den cuenta de quiénes son los que más necesitan ser ayudados y que estas intervenciones deben ofrecer cosas no limitadas a las donaciones y ayudas como la alimentación, sino que sobre todo den a las personas en situación de pobreza los elementos que les puedan servir para superarse por sus propios medios, sin tener que depender de la asistencia social y de este modo en la sociedad se alcance cierto grado de igualdad entre “ricos” y “pobres”.

Según Patricia, la pobreza es algo que afecta no solo a las personas pobres, sino también a toda la sociedad que sufre por ver a las personas en situación de pobreza pasando necesidades y entonces se compadece de ellos, hace cosas por ellos. La pobreza es algo que, según Patricia, le causa dolor a todo el mundo, aunque no deja de haber personas que no hacen nada porque simplemente no les interesa la gente pobre.

Patricia reconoce la importancia de algunos programas existentes que de alguna manera transforman el panorama social de las personas en condición de pobreza en Ciudad Bolívar. Valora de maneraa los comedores comunitarios, el aumento de los colegios públicos distritales y la reciente resolución que hace gratuita la educación pública en todos los grados de primaria y bachillerato en Bogotá. También da su reconocimiento a los programas educativos técnicos para jóvenes y adultos que ofrece el instituto Juan Bosco en Ciudad Bolívar, aunque afirma que con ello no alcanza a cubrirse a toda la población que desea capacitarse. Faltan entonces más esfuerzos por parte del Estado y la sociedad: “Más que todo apoyo para los jóvenes, que haya algo para que ellos dejen de estar por ahí andando en las calles, hacer algo grande que puedan ellos capacitarse” (Comunicación personal).

Ella sugiere que el Gobierno debe crear más opciones de trabajo y oportunidades para que la gente se capacite en cosas que le puedan servir para ampliar su espectro de opciones laborales. Piensa que no se trata simplemente de que el Gobierno les dé una ayuda económica, o que la gente solamente se quede sin hacer nada, solo esperando que le den comida o dinero. Se trata, más bien, de que les enseñen a trabajar y que de eso que les enseñen “salga hartos de trabajo”.

Según lo que dice Patricia, una forma de mejorar las condiciones de vida de las personas en situación de pobreza que viven en el sector es mejorando también la infraestructura y el espacio público, en cuanto a reparación de vías, hechura de escaleras y el mantenimiento en general.

[...] el barrio se valoriza más, se ve más bonito, de pronto haya gente que quiera ir a vivir a esa loma y ven como bonito el barrio, más organizado entonces compran la casita o el lote donde van a vivir porque ya no se ve como tan feo [...] sino bonito, bien pavimentado, con escaleras se ve más bonito, con parques. (Comunicación personal)

Ya no es usuaria de comedores comunitarios, pero es un programa que aún aprecia y al que volvería en caso de necesitarlo. Aparte del almuerzo que recibía con sus dos hijos, reconoce ahora que el comedor comunitario Naciones Unidas fue un espacio muy agradable que le sirvió para conocer personas:

[...] uno compartió con gente que no conocía, fue muy bonito. [...] Se compartió con gente que uno no tenía ni idea [...] allá se hicieron bastantes amistades. Amigas, amigas casi no tengo, pero a veces uno se las encuentra y lo saludan a uno bien. (Comunicación personal)

Respecto a los comedores comunitarios, quiere “que crezcan más comedores y les sigan dando más a la gente”. Como hizo parte del Comité de Usuarios del comedor comunitario Naciones Unidas, y a partir también de su vivencia en el sector, compartiendo el día a día con sus vecinos, se ha venido dando cuenta de cómo en algunas oportunidades algunas personas convierten en algo pragmático el hecho de ser categorizados como pobres:

De pronto que porque uno sea pobre dice —Ay, allí me van a ayudar— [...] muchos hacen eso, o generar tres hijos porque les ayudan. [...] Muchos -es que si tenemos hijos, allí nos pueden ayudar teniendo más hijos, por la cantidad de hijos a uno le ayudan más- pues muchos piensan así. Por parte mía, no [...] hay unos que así tengan tienda, van y almuerzan (al comedor comunitario). (Comunicación personal)

Para Patricia, el subsidio de Familias en Acción que le llega cada dos meses “es una bendición”. Respecto a este programa, sugiere solamente que los subsidios sean mensuales y no bimestrales.

Patricia narra cómo el programa de Familias en Acción fue utilizado recientemente para ha-

cer proselitismo político a favor de uno de los candidatos a la presidencia de Colombia en los comicios de 2010. Cuando la gente iba por sus subsidios o cuando organizaban reuniones de Familias en Acción, los funcionarios les decían que si ganaba el candidato del partido opositor, ese candidato, siendo ya presidente, iba a acabar con los subsidios. “La mayoría si creyó en eso” comenta Patricia.

Pero ese manejo clientelista del apoyo a las personas en situación de pobreza no es nada nuevo para Patricia; por el contrario, es algo a lo que ya está acostumbrada, así como otras personas que también saben cómo funciona el sistema político en el país, y le resta crédito a todo lo que tenga el nombre o el apellido “político”:

[A la gente pobre] como les dicen -acá les damos algo entonces denos votos..., —porque esta persona me dio algo entonces voto por esa persona—. O les hacen promesas que van a ayudar al barrio, entonces uno se convence y se deja creer de lo que dicen y nunca pasa nada. De pronto a uno que otro le regalan cosas, uno que otro que recibe algo, más la gente que esperaba no recibe [...] a mí eso de política no me interesa. Eso es solo bla, bla y ya. Entonces esa carreta... que van a ayudar a la gente, que van a hacer colegios, que van hacer esto; simplemente fueron por los votos y ya [...] ¿La política qué es? ... es como una empresa que quiere apoyar, que quiere meter un poquito de gente que haya gente honrada, ¿los otros? los otros solo roban a los demás. (Comunicación personal)

En cuanto al programa de Familias en Acción, en el que ellos nunca se han interesado en participar, sobre todo porque cuando este se creó no sentían necesitarlo (tampoco lo sienten ahora), Mónica y Ernesto tienen evaluaciones diferentes. Por una parte, consideran que es una oportunidad valiosa que brinda el Gobierno para las personas en situación de pobreza, pero, por otro lado, piensan que está siendo mal aprovechado por muchas familias:

Conozco personas, familias que están metidas, por ejemplo, en esto de Familias en Acción y llega la plata y van y almuerzan rico, y compran ropa y nunca cogen esa plata y hacen algo bueno: -Venga yo

ahorro esto, le compro un libro- [...] no la utilizan para lo que es, por ejemplo para comprar libros a los pelaos o ropa para ellos, eso sí no; cogen y la meten para el mercado de toda la casa, para los servicios hasta para tomársela. (Comunicación personal)

En cuanto a la educación, han visto que se han creado oportunidades que constituyen avances significativos respecto a las que había hace unos veinte años cuando estaban pequeños, oportunidades que muchos desaprovechan y que ellos hubieran querido tener cuando eran más jóvenes:

[...] por ejemplo en el colegio todas esas posibilidades que les dan [...] a los de bachillerato, salen becados para estudiar, no en universidades, pero sí en institutos. Porque yo tengo un primo que está en la CUN y él salió de aquí del colegio de Naciones y tienen muchas oportunidades de estudiar. Lo que pasa es que la mayoría de ellos se cierran las puertas, no quieren ver más allá de las narices. (Comunicación personal)

Conclusiones

Antes de sintetizar e interpretar las evaluaciones a la intervención social sobre la pobreza por parte de las cuatro familias, es interesante profundizar en un aspecto que fundamenta la lógica de dichas intervenciones, las cuales tienen implicaciones directas en sus formas de operar en los contextos intervenidos y que luego se insertan en la lógica cotidiana de las personas en situación de pobreza, lo mismo que en su discurso. Se mostrará después cómo ello tiene consecuencias concretas en la forma como los entrevistados evalúan las intervenciones presentes en Ciudad Bolívar, a las que se refirieron en las entrevistas: comedores comunitarios y Familias en Acción.

La categoría *pobre* en los procesos de focalización de la intervención social

La intención de unificar los criterios para categorizar a las personas, las familias y comunidades como pobres es muy propia de las intervenciones y las políticas sociales respecto al fenómeno “pobreza”. En vez de categorías sociales nacidas en el seno de comunidades, se trata en estos casos de

categorías formales que organizan y clasifican a las personas de un contexto geográfico y social, con el fin de hacerlas partícipes o no de las acciones que se han preparado en el marco de los planes y las estrategias de intervención gestionadas por actores institucionales (entidades formales).

La intervención social está sustentada en discursos explícitos o públicos, pero también en unos discursos implícitos, sobre la definición de pobreza y sobre una concepción acerca del desarrollo, la cual, reforzada con un discurso moral, conforma lo que la intervención social considera como su meta; es decir, un cierto sujeto, comunidad y situación ideal a las que las poblaciones y las personas intervenidas deberían ser conducidas.

La estrategia para tomar decisiones sobre quienes deben ser “beneficiados” por las intervenciones sociales se denomina *focalización*. Que la focalización se realice bajos criterios técnicos y respecto a ciertos indicadores de pobreza que la misma focalización adopta, adapta, o construye basada en un discurso “científico” sobre pobreza y sobre el desarrollo, no garantiza que no haya cierto grado de arbitrariedad en definir que alguien necesite más o menos de la intervención social del Estado, y tampoco que este sea capaz de determinar de forma infalible la condición de vulnerabilidad de todas las personas que pasan por el proceso de focalización. Para restar la profunda relevancia de dicha arbitrariedad, que deriva concreta e inevitablemente en la exclusión de unas personas por no mostrar ciertos rasgos que para la intervención social son indicadores “indiscutibles” de que deben ser intervenidas, se aduce el factor “error humano”, tal como sucede con las apreciaciones de un juez durante un partido de fútbol que debe resolver o decidir de forma rápida frente a diferentes jugadas muy discutibles o dudosas. Es propio aquí recordar las constantes y comunes acusaciones de las personas que participaron en el estudio acerca de las equivocaciones cometidas por las instituciones públicas al conceder a unas personas que, para el concepto de los entrevistados, no tendrían por qué ser beneficiadas.

La focalización, como lo dice Ruiz Ballesteros, se argumenta en la escasez de los recursos que

posee el Estado para operar con toda la población, por la cual no “se le puede dar a todos”, hay que elegir a quién sí y a quién no, a quién primero y a quién después.

La pretendida racionalidad científica que sustenta estas intervenciones sociales con sus estrategias y criterios de focalización muchas veces deriva en considerar irrelevantes los criterios, las razones y los argumentos de las personas pobres, y justifica que los gestores de las intervenciones excluyan a las personas en condición de pobreza de la toma de decisiones respecto a la definición del tipo de intervenciones y en la planeación de estas.

En el caso de los comedores comunitarios, existe la figura de los comités de usuarios, no presente o no activa en todos ellos, pero que se supone es la instancia que debe resolver quién se convierte en usuario del comedor y quién no, o a quién hay que excluir. Pero los criterios no son creaciones de la misma comunidad, sino que le son planteados por los gestores de la intervención social representados por los funcionarios que coordinan acciones en los sitios donde funcionan los comedores. Y siempre resultan ser decisiones sobre las cuales tienen mayor injerencia los funcionarios y no los pretendidos usuarios, ni siquiera los reconocidos líderes de la comunidad.

Por otra parte, suponiendo que en realidad un comité de usuarios del comedor decidiera autónomamente quién ingresa o quien debe retirarse del comedor, en comunidades como las que rodean el comedor comunitario Naciones Unidas, supondría riesgos enormes y reales para la integridad física de los miembros del comité y sus familias por las posibles retaliaciones y rencores que muchas veces se resuelven de manera violenta.

De todos modos, hay que reconocer que los comedores comunitarios permiten cierto grado de atención personalizada, puesto que promueven actividades donde la persona con nombre e identidad propia se presenta, y donde tiene la oportunidad de compartir con otros, de reconocer a sus vecinos y ser reconocido. El funcionario y la funcionaria a cargo del comedor no es un individuo más que viene, se va y vuelve, quizá si o

quizá no, en una semana, al otro día, en un mes o no vuelve nunca. No. Se trata de un sujeto que por lo menos comparte el espacio del comedor al momento del almuerzo y de los talleres que debe cumplir con sus usuarios, un inclusor o una inclusora social que termina siendo incluida en los lazos que teje la comunidad en torno al comedor, que rivaliza o simpatiza con su figura y presencia.

Pero la intervención social sobre la pobreza, al focalizar la población, lleva a un tratamiento homogéneo de las personas en situación de pobreza que resultan elegidas, algo que es coadyuvado por la presión de mostrar resultados según el criterio *cobertura* en un tiempo previamente determinado, cuyos plazos no pocas veces se desplazan para medio alcanzar a rasguñar las metas comprometidas.

Por otra parte, las intervenciones sociales pueden contribuir a minar las relaciones dadas en la comunidad cuando crean subdivisiones entre la población. Esto se evidencia en los frecuentes conflictos por definir quién es más pobre, necesitado o vulnerable que el otro o que los demás. En los comedores y los sectores aledaños suele haber personas que consideran injusto que unas personas sean usuarias o beneficiarias de una intervención y mientras que ellas u otras personas han sido descartadas definiéndose más pobres o vulnerables que las otras. Se ve entonces cómo la focalización de las intervenciones sociales sobre la pobreza puede favorecer procesos de segregación y atomización de las comunidades, lo que destruye o resta fuerza a su capacidad de integrarse y trabajar de manera coordinada y autónoma por intereses identificados como comunes.

Por otra parte, no solo la racionalidad científica es la base que argumenta y orienta la intervención social en un determinado contexto. En sociedades como la nuestra, afectadas por diferentes vicios políticos, muchas intervenciones sociales corresponden de forma central a intereses de quienes gerencian dichas intervenciones, sin que esto se haga evidente la mayoría de las veces para las personas en situación de pobreza y la sociedad en general. Mientras que esos intereses son priorizados, las intervenciones tratan de

forma marginal, secundaria o periférica a los intereses de las personas y comunidades a las que las intervenciones sociales dicen dirigirse.

Influencia de las intervenciones sociales en el cambio o mantenimiento de representaciones sociales sobre la pobreza

Las definiciones sobre la pobreza nunca han sido tan inestables ni tan controvertidas como en los últimos tiempos, menos aun cuando el fenómeno se ha extendido de manera tan alarmante por el mundo y ha afectado a miles de millones de personas quizá a un ritmo similar que el de la extensión de los medios de comunicación que nos ponen en alerta frente a diversas realidades. Las representaciones sociales sobre la pobreza se han visto influidas por procesos educativos institucionalizados, por mensajes transmitidos por los cada vez más avanzados y globalizados medios de comunicación y por la divulgación de los saberes “científicos” más popularizados acerca de la pobreza. Todo ello continúa añadiendo informaciones y elementos de conocimiento al saber cotidiano y popular sobre la pobreza. Pero sin duda alguna, como la experiencia de trabajo en comedores comunitarios indica y este estudio reafirma, uno de los mecanismos más efectivos para influir en el cambio de las representaciones sociales sobre la pobreza puede ser la intervención social.

Gracias a los procesos de intervención social que se aplican respecto a la pobreza, la gente de las comunidades a donde llega la intervención de algún modo termina siendo influida e instruida por el supuesto discurso científico que legitima dicha intervención social. De manera no rigurosa ni completa sino más bien de forma irregular y parcial, estos contenidos se insertan en el conocimiento cotidiano de las personas y las comunidades en situación de pobreza. Pero hay que tener en cuenta que esto ocurre siempre y cuando dichos contenidos de conocimiento guarden correspondencia con la realidad percibida y sentida por dichas personas y comunidades en sus respectivos contextos de acción. Si los nuevos conocimientos que circulan y llegan a los oídos de las personas en situación de pobreza no guardan

una relación directa y comprobada con su propia realidad como la sienten y la reflexionan, o con el bagaje de conocimiento previo acerca del tema de la pobreza, no hay manera de que el nuevo conocimiento sea incorporado al saber cotidiano, de acuerdo con lo que se entiende por anclaje en cuanto a los procesos de construcción y reproducción de representaciones sociales.

Uno de los principales mecanismos de influencia de la intervención social sobre las representaciones sociales de la pobreza en las comunidades intervenidas se refiere a la que suele ser la primera fase del proceso de intervención social, la denominada *focalización*. La focalización consiste en priorizar a los grupos humanos y las personas a las que se pretende beneficiar con la intervención social a partir de una serie de criterios previamente establecidos por los gestores de dicha intervención. En otras palabras, la focalización en cuanto a intervenciones sociales sobre la pobreza consiste en establecer, de manera técnica y bajo ciertos criterios basados en algún discurso académico, unos indicadores muy concretos que a los ejecutores de la intervención les permite definir quiénes son las personas más pobres y vulnerables en determinado espacio geográfico o contexto social, las que debido a ello merecen ser atendidas de manera prioritaria.

La focalización deriva en una determinación de estándares de pobreza que tienden a ser asumidos de alguna manera por las personas donde esta focalización se realiza, a propósito de la ejecución de una intervención social. Esta adopción de los criterios de focalización de la pobreza se debe a que tienen una funcionalidad comprobada e inmediata en la determinación de quienes deben ser beneficiados por la intervención. Estos criterios se han hecho de conocimiento público, sobre todo gracias a la difusión que de ellos se realiza de manera continua por parte de la coordinación de inclusión social de cada comedor comunitario. Pero estos conocimientos difundidos no tendrían mayor relevancia ni se insertarían en el conocimiento cotidiano de la gente de no ser porque, ante los beneficios que supone la intervención, las personas de una misma comunidad a la cual la

intervención va dirigida suelen estar demasiado alerta, ya que muchas desean ser las beneficiadas. En muchos casos, se ha dado una especie de competencia para conseguir dichos beneficios e incluso algunas personas se vuelven expertas para conseguir ser elegidas como usuarias de los comedores y de otras acciones gubernamentales y privadas que buscan a personas pobres para favorecerlas. Solo se convierte en un caso de apropiación utilitarista y pragmática de los criterios para asumirlos según corresponda y así conseguir un beneficio.

Para resolver el asunto “quién es más pobre/quien necesita más” que resulta planteando la intervención social, la gente de una comunidad pobre recurre a los sujetos supuestamente imparciales y autorizados, y a los criterios que enarbolan, como si se tratara de personas y criterios objetivos según los cuales se puede distinguir con mayor certeza quiénes en la comunidad serán los directamente beneficiados por la intervención y quiénes no lo serán, por lo menos de forma directa. A partir de la intervención social, es muy probable que las personas de una misma comunidad se adapten de alguna forma a los criterios de la intervención que categorizan a los pobres. Gracias a los mismos criterios de focalización de la pobreza, las personas de una comunidad considerarán que entre ellas existen personas más, igual o menos necesitadas, y que por ello merecen y necesitan, o no merecen ni necesitan, ser auxiliadas, asistidas o beneficiadas por las intervenciones sociales.

Hay que tener mucho cuidado al momento de considerar verdaderos cambios en las representaciones sociales de las personas pobres respecto a su situación de pobreza. Lo que puede suceder en muchos casos es que hay personas que aprenden a manejar el discurso de la intervención de tal modo que logran convencer a los gestores de la intervención de que merecen más que otros los beneficios que esta acción genera o trae consigo. Parece factible entonces sospechar que no se tratan de representaciones sociales cuando lo que una persona dice acerca de la pobreza cambia según las circunstancias sociales o las personas cuando interactúan. Ante las intervenciones

sociales de carácter asistencial, algunas personas pueden asumir y manifestar discursos en los que no creen realmente solo con la intención de garantizarse los beneficios inmediatos que la intervención social supone.

Lo anterior se menciona con la intención de advertir que no todo lo que diga o enuncie cualquier persona en situación de pobreza acerca de la pobreza y del ser pobre puede ser considerado como representaciones sociales. Definitivamente, en muchos casos, lo que unas personas afirmen sobre la pobreza dependerá de la situación concreta de interacción y el agente con el que se comunican. Solo se puede llamar representaciones sociales sobre la pobreza a lo que tiene una implicación directa con la acción y conducta de las personas respecto a cómo reaccionan ante el hecho de vivir en la pobreza, frente al intentar emerger de la situación o sobrevivir a ella.

Finalmente, resulta una inquietud profunda respecto a la intervención social que puede ser abordada en estudios posteriores: ¿le corresponde al Estado y a la sociedad seguir sosteniendo estructuras que parecen socavar de forma explícita o soterrada la integración de las comunidades, su autonomía, incluso su estima social, so pretexto de combatir un problema como el de la pobreza y la desigualdad? ¿Acaso no será otra vía aún más radical la que de verdad lograra estremecer los cimientos del sistema con tal de deteriorar las bases que sostienen convenientemente la desigualdad social? Hoy es preciso acercarse a los pobres y a la pobreza sin instrumentales quirúrgicos asépticos, llenos de curvas y fórmulas estilizadas que pretenden decir más que lo que las mismas lágrimas, gestos y voces de los pobres pueden decir, quizá para que no puedan tomar parte de las decisiones que los afectan, para mantener la distancia y profundizar los abismos.

Referencias

- Abric, J. (2001). *Prácticas sociales y representaciones*. Ediciones Coyoacán.
- Adler de Lomnitz, L. (2006). *Cómo sobreviven los marginados*. Siglo XXI.

- Álvarez Leguizamón, S. (2007). Una presentación desde América Latina. En P. Spicker, S. Álvarez y D. Gordon (Eds.), *Pobreza, un glosario internacional* (pp. 25-37). Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (Clacso).
- Amar Amar, J. (2002). *Las representaciones sociales de los conceptos económicos en niños que viven en contextos de pobreza*. Ediciones Uninorte.
- Araya, S. (2002). Las representaciones sociales. Ejes teóricos para su discusión. *Cuaderno de Ciencias Sociales Flacso*, (127), 1-82.
- Bauman, Z. (2000). *Trabajo, consumismo y nuevos pobres*. Editorial Gedisa.
- Bauman, Z. (2007). *Vida de consumo*. Fondo de Cultura Económica.
- Bourdieu, P. (Dir.) (1992/2010). *La miseria del mundo*. Fondo de Cultura Económica.
- Bourdieu, P. (2001). *Las argucias de la razón imperialista*. Paidós.
- Castorina, J. A. (Comp.) (2003). *Representaciones sociales. Problemas teóricos y conocimientos infantiles*. Gesida.
- Giménez, G. (1997). Materiales para una teoría de las identidades sociales. *Frontera Norte*, (18), 9-28.
- Herzlich, C. (1975). La representación social: sentido del concepto. En S. Moscovici (Coord.), *Introducción a la psicología social*. Planeta.
- Ibáñez, T. (Ed.). (1988). Representaciones sociales: teoría y método. En *Ideologías de la vida cotidiana* (pp. 13-89). Editorial Sendai.
- Lewis, Ó. (1961). *Los hijos de Sánchez*. Fondo de Cultura Económica.
- Mecle, E. (2002). Los derechos sociales en la Constitución Argentina y su vinculación con la política y las políticas sociales. En A. Ziccardi (Ed.), *Pobreza, desigualdad social y ciudadanía. Los límites de las políticas sociales en América Latina* (pp. 37-64). Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (Clacso).
- Max-Neff, M. (1993). *Desarrollo a Escala Humana. Conceptos, aplicaciones y algunas reflexiones*. Editorial Nordan-Comunidad.
- Max-Neff, M. (1997). *Desarrollo a escala humana: una opción para el futuro*. Cepaur.
- Mendoza, J. R. (2009). *La representación social de la pobreza*. (Tesis de grado). Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), Ciudad de México. <http://www.scribd.com/doc/16017884/Representacion-Social-de-la-Pobreza>
- Morales, J. F. (Coord.) (1994). *Psicología social*. McGraw-Hill.
- Moscovici, S. (1985). *Psicología Social*. Vol. 2. Paidós.
- Murillo Serna, O. (2004) Análisis del discurso social. *Investigaciones Sociales*, (13), 369-385. http://sisbib.unmsm.edu.pe/bibvirtualdata/publicaciones/inv_sociales/N13.2004/a21.pdf
- Programa de las naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD). (2004). Oficina de Desarrollo Humano, Plan de las Naciones Unidas para el Desarrollo. *Curso de desarrollo humano*. República Dominicana.
- Rodríguez, T. y García, M. (comp.) (2007). *Representaciones sociales. Teorías e investigación*. Universidad de Guadalajara.
- Ruiz Ballesteros, E. (2005). *Intervención social: cultura, discursos y poder: aportaciones desde la antropología*. Talasa Ediciones.
- Sánchez Vidal, A. (1999). *Ética de la intervención social*. Paidós.
- Sen, A. (2000). *Desarrollo y libertad*. Planeta.
- Spicker, P., Álvarez, S. y Gordon, D. (Ed.) (2009). *Pobreza: un glosario internacional*. Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (Clacso).
- Tajfel, H. (1984). *Grupos humanos y categorías sociales: estudios de psicología social*. Herder.
- Turner, J. C. (1990). *Redescubrir el grupo social. Una teoría de la categorización del yo*. Morata S. A.
- Vasilachis de Gialdino, I. (2003). *Pobres, pobreza, identidad y representaciones sociales*. Gedisa.
- Ziccardi, A. (Comp.) (2002). *Pobreza, desigualdad social y ciudadanía. Los límites de las políticas sociales en América Latina*. Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (Clacso).